
HABLAN LAS ESTRELLAS
CIENCIA FICCIÓN
lucky marty

Hablan las estrellas

LUCKY MARTY

4

Hablan las estrellas

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B - 2992 — 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo Primero

Júpiter tenía ahora trece lunas.

A sus doce satélites naturales, por gusto y capricho del poderoso Clemens W. McCoy, Presidente, mayor accionista y casi dueño absoluto del «Centro de Investigación Mundial», había venido, a añadirse éste decimotercero satélite artificial que, por supuesto, llevaba su nombre.

Pero el «Clemens I» no era nada más que el principio de una serie de estaciones espaciales que serían lanzadas desde la Tierra, para ir quedando en órbita en torno a Júpiter con los nombres de «Clemens II», «Clemens III», «Clemens IV» y «Clemens V», hasta que el enérgico Presidente del «Centro de Investigación Mundial» dijera que ya bastaba.

Muchos aseguraban que Clemens W. McCoy nunca diría esta palabra. Le conocían bien y sabían que, para él, sólo había tres cosas importantes en la vida, su hija Martha, cazar canguros y conquistar el Cosmos, lanzado en aquella fantástica aventura de los mundos siderales.

Clemens W. McCoy ya había situado estaciones espaciales en torno a Mercurio y Venus y hasta desdeñaba las que había situado sobre Marte. Ahora le atraía el planeta gigante del Sistema Solar y centraba toda su atención y esfuerzos sobre Júpiter.

— En la escala de magnitudes Júpiter es el mayor y la masa tiene una gran importancia en la armonía del Universo — solía decir.

El «Clemens I» era un pequeño mundo metálico, maravilla

de la técnica y la electrónica. Situado a veintitrés millones de kilómetros de Júpiter, seguía fielmente al planeta gigante, como sus otras doce lunas naturales de las que a simple vista se diferenciaba muy poco. La más próxima era Amaltea XII, de la que sólo le separaban cuatrocientos setenta y siete mil kilómetros.

Total, una bagatela.

— En cuanto se nos antoje bajaremos a esa pequeña Luna de trece kilómetros de diámetro — había sentenciado Clemens W. McCoy.

El astrofísico Joseph von Kreiper, alemán de nacimiento y uno de los más fecundos colaboradores del poderoso Clemens W. McCoy, en aquella ocasión había mirado a su jefe con cierta ironía, comentando:

-—Esa pequeña Luna que usted dice, señor McCoy, tiene mucha «miga»... A ninguno de mis amigos les recomendaría que pusieran sus pies en Amaltea XII.

— ¿Por qué no, Joseph? ¿La consideras peligrosa?

Antes de contestar al Presidente del «Centro de Investigación Mundial», Joseph von Kreiper había consultado sus notas con su habitual cuidado y método germánico para terminar por decir.

— Hace ahora exactamente cien años, en 1954, se observaron radioimpulsos del orden de los 15 cm de longitud de onda en Júpiter. De aquí dedujeron los astrónomos que en el planeta hay fuentes calientes de energía y, por consiguiente, una superficie sólida cuya rotación es de 9 horas 55 m. 27,6 segundos...

— Ya que hablas de «miga», al grano, Joseph. ¿Qué quieres decir? Tu meticulosidad es irritante. Siempre te enzarzas en números, teorías, datos, comparaciones.

Una vez más, el dinámico e impulsivo Clemens W. McCoy y el metódico Joseph von Kreiper habían discutido. En el fondo,

eran del todo incompatibles. El primero, vehemente e intuitivo, el segundo, sesudo y mesurado, incapaz de dar nada por cierto si antes no había pasado por el fino tamiz de sus comprobaciones científicas. Para Joseph von Kreiper, no había en matemáticas más verdad que esta sencilla ecuación: dos y dos son cuatro. Y en otro orden de cosas también se atenía a los razonamientos cartesianos:

— Siempre hay que empezar por lo más sencillo para remontarse, gradualmente, hacia lo más complejo. Nada es verdad, si antes no ha sido demostrable...

Pero en aquella ocasión, ni las fantasías de uno ni las metódicas teorías del otro habían podido llegar a ser «demostrables» y en «Clemens I» se siguió observando las invariables evoluciones de las doce lunas de Júpiter, así como sus diámetros, sus masas, sus composiciones y peso específico para ver si, como primera escala para llegar al planeta gigante del Sistema Solar, era posible establecer en ellas un laboratorio en el que los hombres pudieran ampliar sus conocimientos.

Durante meses Joseph von Kreiper capitaneó el grupo de científicos que desde aquella estación espacial bautizada pomposamente con el nombre de «Clemens I», aseguraban que no era posible descender con ninguna astronave a la superficie de cualquiera de las doce lunas de Júpiter. El problema de la velocidad de arranque y el de las distancias ya estaba, desde hacía muchos años, totalmente resuelto. La misma estación «Clemens I» cumplía fielmente su órbita sobre Júpiter a una distancia de quinientos ochenta y cuatro millones de kilómetros de la Tierra, y astronave hubo que, adentrándose en la infinita noche sideral, había llegado a los confines del Sistema Solar sacando fotografías del lejano planeta Plutón.

Pero aún quedaban infinitos problemas por resolver y Joseph von Kreiper era de los que decía que «podía» demostrar que Júpiter, al igual que la Tierra, estaba rodeado

de una fuerte banda de radiación como la Van Alien, pero con la particularidad de que era mucho más intensa. Si esto era así, sus doce satélites naturales estarían sometidos a esta fuertísima radiación y la vida humana sería de todo punto imposible en ellos, por más adelantada que estuviera la técnica.

— Hay puntos en que el hombre debe detenerse ante las barreras que le impone el Universo — solía decir Joseph von Kreiper.

— ¡Pamplinas! —refutaba siempre el animoso Clemens W. McCoy —. En muchos casos la fantasía crea la realidad. ¡El mundo es de Dios, pero Dios lo alquila a los valientes!

— A los valientes sí, señor McCoy. ¡Pero no a los locos! — eran las respuestas del astrofísico.

— Joseph, no seas tan pesimista. Y, sobre todo, emplea bien los millones de dólares que pongo a la disposición de tu equipo para que podamos hacer de Júpiter una colonia terrestre habitable.

— ¿Piensa construir una de sus muchas factorías allí, señor McCoy? — repuso el alemán con cierta sorna.

— ¿Por qué no Joseph? Mi función es crear nuevas riquezas, nuevas fuentes de recursos para el hombre. «Clemens I» me ha costado mucho dinero y antes de poner en órbita a «Clemens II» debo de estar seguro de que la serie de estaciones espaciales en torno a Júpiter resultarán amortizables.

— ¡Me aburre el mundo de los negocios, señor McCoy! ¡Nunca he podido con ellos!

— Los negocios son como los motores del mundo, Joseph. ¿O crees que habríamos llegado a donde estamos sin ese incentivo? En el caso de Marte, la administración pública se echó hacia atrás por considerar cuantiosos los gastos de su explotación, ¿y qué hice yo y un grupo de financieros?

Esta vez, la respuesta de Joseph von Kreiper fue más cortante:

— ¿De veras quiere que se lo diga, señor Mac Coy?

— Adelante, Joseph. Sabes que estoy inmunizado contra tus burlas.

— Bien: todos saben lo que hizo, señor McCoy. Reunió los millones de ese grupo de financieros, empezaron la explotación comercial de Marte y a los dos años, cuando estaba bien seguro que aquello era un gran «negocio»... ¡Les dio a los otros un astuto esquinazo!

Clemens W. McCoy se molestó. Pero al poco la sonrisa simpática volvió a aflorar a sus labios y, tras observar la reacción de los reunidos, se disculpó:

—Era una partida de pusilánimes. Pedí nuevas inversiones para explotar comercialmente aquellos yacimientos de uranio enriquecido y... ¡ya sabes lo que contestaron!

— Lo recuerdo perfectamente, señor McCoy.

Yo mismo presenté el informe ordenado por usted.

— ¿Tengo culpa de que te equivocaras en los cálculos?

— ¡No fue equivocación! Usted me ordenó que dijera que había poco uranio y...

— ¡Basta ya, Joseph! A nada nos conduce remover el pasado.

— El pasado, el presente y el porvenir son una cadena, señor McCoy. Todo tiene concordancias. Eslabones distintos, pero que enlazan unos con otros. Y si los primeros son malos, deleznables y defectuosos...

Clemens W. McCoy volvió a sonreír abiertamente, comentando:

— ¿Por qué no estudiaste para fiscal, Joseph?

A lo que contestó el alemán, retirándose para el laborado:

—No es mala idea, señor McCoy. Siempre estoy a tiempo y a lo peor un día lo hago…

— ¿A lo peor…? ¿A lo peor para quien, Joseph?

Ya ante la puerta metálica que se abría electrónicamente al aproximarse a ella, sin dignarse a volverse, Joseph von Kreiper musito:

— A lo peor para usted, señor McCoy.

Y salió de la estancia donde habían estado reunidos los mandos de aquella gigantesca estación espacial, puesta en órbita en torno a Júpiter ya desde hacía dos años.

Clemens W. McCoy miró fijamente al Consejo de Administración de «Clemens I» y tras una muda seña a su secretario que empezó a meter en la cartera los documentos, indagó pasando sus vivaces pupilas fugazmente por todos los presentes:

— ¿Algún otro asunto pendiente, caballeros?

Un hombre totalmente calvo, pero de espesas cejas pelirrojas y baja estatura recordó.

— Queda la aprobación para el próximo semestre, señor McCoy.

— ¿Se refiere usted al presupuesto para investigaciones científicas, Donald?

— Exacto, señor McCoy. El profesor von Kreiper lo considera de suma importancia.

— Para Joseph todo es «excesivamente» importante, amigos míos. No hagan mucho caso a ese sabio medio loco.

Las últimas palabras del señor McCoy fueron dichas con tono jocoso y divertido; pero el hombre de baja estatura con las cejas pelirrojas insistió:

— El último telescopio estragalático costó mucho, señor McCoy. Se pagó con cargo al fondo de investigaciones

científicas y el profesor von Kreiper está prácticamente atado de manos.

— El profesor von Kreiper insistió, señor McCoy—. ¿Insinúa que no adelanta en sus investigaciones por falta de dinero, Donald?

— Así es, señor McCoy.

El hombre de las espesas cejas pelirrojas extendió tímidamente un papel al Presidente del «Centro de Investigaciones Mundiales», añadiendo:

— Aquí tiene los saldos, señor McCoy... Observará que la administración civil del «Clemens I» ha tenido incluso que concederle algunas sumas, como adelanto del próximo presupuesto.

— ¡Diablos, Donald! Les he dicho mil veces que no quiero que sumen unos gastos con otros. Cada departamento del «Clemens I» debe bastarse por sí solo y así será la única manera de llevar las cuentas claras. He de saber lo que invierto, por capítulos, para sacar lo que se amortizará y las ganancias.

— El profesor von Kreiper insistió, señor McCoy — intervino otro de los reunidos —. Al fin y al cabo, todo el personal de «Clemens I» está aquí para saber si podremos colonizar Júpiter o no. Las investigaciones del equipo de von Kreiper son lo más importante y creímos que...

— No me importa lo que ustedes crean — atajó McCoy—. Joseph von Kreiper se ha extralimitado en sus gastos semestrales, pese a que tampoco en este viaje ha podido presentarme ningún adelanto importante en sus estudios. Como Presidente del «C.I.M.» yo debo presentar a mí regreso a la Tierra un detallado informe y... ¿Quieren decirme qué puedo presentarles? ¿Una nota de gastos en la que se indica que von Kreiper ha sobrepasado el presupuesto asignado?

Los treinta hombres que estaban reunidos nada contestaron

y Clemens W. McCoy sentenció:

— ¡Bonita papeleta, señores! ¡Ya estoy harto de ese alemán!

Joakim Lundy, joven astrofísico ayudante del profesor von Kreiper, empezó a incorporarse visiblemente molesto, diciendo:

— No debió metemos en esto, señor McCoy. Sabe que mi maestro y yo estábamos investigando otras cosas, cuando usted insistió en contratarnos para que viniéramos a su querido «Clemens I».

— ¡Siéntese, Joakim! Yo soy el que da las órdenes aquí y quien puede indicar cuándo termina la reunión.

— Por mí está terminada, señor McCoy. Me doy por despedido.

Clemens W. McCoy soltó una risotada que hizo que todos los presentes se fijaran en él:

— ¿Por despedido? ¡Tiene gracia! ¿Cree que esta estación espacial es una fábrica que se entra y se sale de ella cuando se quiere? ¡Está usted a seiscientos millones de kilómetros de su querida y soleada California, amigo Joakim!

— Lo sé, señor McCoy. No tiene por qué recordármelo.

Y luego, con dignidad y cierto orgullo despreciativo:

— Yo soy un científico, señor. ¡No un vulgar financiero como usted!

— Puede insultarme, Joakim. ¡Puede hacerlo! Pero este vulgar financiero es el dueño de todo lo que hay aquí. ¡Y en ello están incluidas las naves espaciales! ¿Me comprende?

Joakim Lundy se envaró y su mano pasó nerviosa por el mechón de cabellos rubios que cubrían su frente, para apartarlos. Miró fijamente al poderoso Clemens W. McCoy que, a su vez, le contemplaba satisfecho y al fin inquirió, buscando ayuda en los presentes al formular su pregunta:

— ¿Insinúa que no me dejará volver a la Tierra?

— Al menos hasta que finalice su contrato de trabajo... ¡NO!

— Pero eso... ¡Eso sería un abuso, señor McCoy! No puede obligarme a...

— Puedo y debo hacerlo. Una sociedad tan importante como la nuestra no emplea miles de millones de dólares para que luego, a la menor disputa, unos holgazanes que no saben cumplir con su labor quieran echarlo todo a rodar.

— ¡Es usted el que disputa! El profesor von Kreiper y yo hacemos todo lo que podemos para investigar sobre Júpiter.

— Sobre todo, gastar los fondos asignados a los demás.

— Hay más dificultades de lo que parece. ¡Hemos necesitado ese nuevo telescopio extragaláctico!

— ¿Puedo saber por qué? Prácticamente, desde aquí tenemos al planeta en nuestras narices.

— La observación telescópica de Júpiter muestra la presencia de toda una serie de fajas o bandas de color oscuro, señor McCoy. Sobre todo puede observarse una gran mancha de color rosado, designada con el nombre de «mancha roja», que algunos astrónomos consideran como un conglomerado de hidrógeno sólido, flotando en un océano de gases. Un telescopio normal no nos habría permitido la observación del suelo.

— ¿Y han podido observar el suelo dé Júpiter con ese telescopio extragaláctico?

— En parte sí, señor McCoy.

— Vaya! Eso ya es alguna información, Joakim. ¿Y qué han visto?

El visófono zumbó sobre la mesa y Clemens W. McCoy con movimiento maquinal accionó el mando para iluminar la pantalla en la que apareció el rostro huesudo y austero del

profesor Joseph von Kreiper, que habló:

— ¿Quiere saber lo que hemos visto sobre Júpiter, señor McCoy?

Clemens W. McCoy clavó sus ojos sobre la iluminada pantalla del visófono contestando con otra pregunta al científico alemán:

— ¿Has estado escuchando, Joseph?

— Sí... Dejé mi transmisor portátil en mi cartera, porque sabía que continuaría despotricando contra mí.

Desde su puesto presidencial, sin dejar de mirar la imagen del profesor que continuaba en la pantalla del visófono, Clemens W. McCoy señaló enérgico con una mano al puesto vacío desde la marcha del sabio alemán y ordenó imperioso:

— ¡Apaguen ese chisme! Cuando alguien abandona una reunión se da por entendido que no quiere saber nada de ella.

— No se irrite, señor McCoy. Mi ayudante Joakim ha hablado también por mí. Ya no tiene jurisdicción sobre nosotros. ¡Denos por despedidos!

— ¡ No, Joseph! Le he dicho a tu ayudante Joakim que tenéis un contrato.

— ¿De veras? Pues mire lo que hago con su contrato, señor McCoy...

Todos apiñaron las cabezas para mirar la pantalla del visófono en donde, nítidamente, en primer plano, las huesudas manos del profesor Joseph von Kreiper partían en pequeños pedazos un papel sellado y timbrado con el anagrama del «Centro de Investigación Mundial».

Hasta el ruido de aquellos papeles rasgados se oyó en la gran sala de conferencias del «Clemens I» y su promotor, rojo de ira, bramó:

— ¿Cómo te atreves a hacer eso, Joseph? Después de tantos años de colaborar juntos y ahora, por unas palabras...

— ¡Váyase al diablo, señor McCoy! ¡Me tiene harto!

Algunos de los mandos reunidos en la gran sala de conferencias sonrieron al ver la expresión del rostro de Clemens W. McCoy. No pocos de aquellos hombres eran de la opinión del profesor Joseph von Kreiper y de su joven ayudante. Y ahora estaban disfrutando lo suyo, al ver que al multimillonario más poderoso de la Tierra le estaba enviando a paseo un simple científico cuyo mal humor todos conocían.

Pero Clemens W. McCoy se cruzó de brazos y deseando olvidar preguntó, encarándose con la pantalla:

— De acuerdo, Joseph. Si quieres, date por despedido si lo deseas así. Pero al menos termina de informarme sobre lo que me ha dicho tu ayudante. ¿Qué habéis visto sobre la superficie de Júpiter?

En su gabinete de estudio, Joseph von Kreiper también observaba la pantalla de su visófono en la que aparecía el rostro intrigado de Clemens W. McCoy y tras él, esperando su contestación, los rostros de algunos de los altos mandos del «Clemens I» allí reunidos.

Dilató intencionadamente la respuesta, haciéndose esperar, hasta que al fin habló con énfasis volcándose sobre el aparato:

— ¡ GUSANOS!

En la gran sala de conferencias brotó un unánime murmullo de estupor, apenas dominado por la ansiosa pregunta del multimillonario:

— ¿Eh? ¿Cómo has dicho, Joseph? ¿Qué has visto gusanos?

— Sí, canalla, sí... ¡He visto gusanos! ¡GUSANOS COMO TÚ!

Y con brusco ademán Joseph von Kreiper desconectó el visófono, apagando su imagen que aparecía en la pantalla del que estaba instalado en la gran sala de conferencias de la estación espacial.

Todos los reunidos se miraron fijamente unos a otros y de varios labios brotó la ansiosa pregunta:

— ¿Hombres? ¿Quiso decir el profesor von Kreiper que vio sobre la superficie de Júpiter hombres?

— No dijo hombres —aclaró uno de ellos—. ¡Dijo gusanos!

— Sí, pero lo dijo refiriéndose al señor… al señor…

— ¿Quieren callar de una vez? — ordenó autoritario Clemens W. McCoy.

Su elegante mano de uñas bien cuidadas accionaba una y otra vez nerviosamente el mando del visófono, mientras preguntaba en un vano intento de volver a captar la imagen del profesor alemán:

— ¡Joseph! ¿Quieres conectar este chisme de una vez? ¡Necesitamos aclarar esto! ¿Qué es lo que viste con el telescopio extragaláctico? ¿Qué es lo que dijiste?

La voz pausada y bien timbrada del joven Joakim Lundy aclaró, ya caminando hacia la puerta que se abrió ante él:

— Lo dijo bien claro, señor McCoy… ¡VIO GUSANOS!

Y desapareció lo mismo que momentos antes su profesor.

Capítulo II

El comandante Meredith, jefe de la policía local de la estación espacial «Clemens I», se cuadró ante el Consejo de Administración e informó al multimillonario.

— Ni rastro, señor McCoy. No hemos podido encontrar al profesor Joseph von Kreiper ni a su ayudante Joakim Lundy.

—¡Absurdo, comandante! Totalmente absurdo — rezongó visiblemente nervioso Clemens W. McCoy—. Esto es como una isla flotando en el espacio y nadie puede escapar de aquí. Busquen bien y encontrarán a ese par de protestones. ¡Tengo que aclarar algunas cuantas cosas con los dos!

—Insisto en que mis hombres han buscado por todos los sitios, señor. ¡Ni un solo rincón de la estación ha quedado sin registrar!

Clemens W. McCoy miró a todos los rostros de los presentes con aire de divertida perplejidad:

— ¿Van a decirme que se han volatizado. ¿O quizá que han abierto una de las compuertas y se han lanzado al vacío? Cualquiera de las dos cosas es inadmisible, comandante Meredith.

Donald Bundy, como administrador civil tuvo una idea:

— Contaremos los trajes autónomos. Si faltan dos no hay duda que han salido al exterior, posiblemente para reparar algo de la estructura plástica que nos cubre.

— Ya han sido contados, señor Bundy —fue la sorprendente respuesta del comandante Meredith—. El teniente Campbell tuvo esa idea. ¡Y están todos!

— ¿Todos? —insistió McCoy, cada vez más intrigado.

— Sí, señor McCoy. Los quinientos quince reglamentarios correspondientes a las personas que estamos destacados en el

«Clemens I», más los trescientos dos de repuesto. ¡Nadie ha podido salir al exterior!

— ¿Qué hay de las astronaves, comandante?

— Están las cinco, señor.

Clemens W. McCoy soltó un resoplido y, encaminándose hacia las habitaciones que le reservaban en la estación espacial, refunfuñó:

— Movilice a todos sus hombres y vuelvan a buscar, comandante Meredith. ¡No creo en las desapariciones!

Mientras se cambiaba de traje para la cena, cada una de las quinientas trece personas que componían la población del «Clemens I» estuvo buscando afanosamente a los dos miembros que faltaban de la estación. Durante los dos años que permanecieron allí, tanto el malhumorado profesor Joseph von Kreiper como su joven ayudante Joakim Lundy habían sido apreciados por todos. Incluso el personal que se cuidaba de los trabajos más modestos, hombres y mujeres ajenos a los experimentos científicos, jamás habían tenido el más mínimo roce molesto con los dos astrofísicos, ahora tan misteriosamente desaparecidos.

Todo hombre o mujer que llegaba a «Clemens I» era dotado de una placa de identidad de fino metal, en la que, aparte de sus datos personales, grupo sanguíneo y otras referencias, se incluía lo que todos llamaban «El Clavo Delator».

«El clavo Delator» era un curioso mecanismo, molesto en ciertas ocasiones pero siempre necesario, teniendo en cuenta que todos los habitantes de «Clemens I» se hallaban dando vueltas y vueltas en torno a Júpiter perdidos en el espacio, a centenares de millones de kilómetros de la Tierra, en donde todo resultaba nuevo, sorprendente y con posibilidades de resultar peligroso. Simplemente consistía en un pequeño «clavo» que quedaba incrustado en la chapa metálica de identidad y que poseía un aparticularidad curiosísima: impregnado de isótopos radioactivos, cada «clavo delator» era

distinto en la carga de estos isótopos y así, en una gran pantalla de radar instalada en el Centro de Control, se sabía en el lugar exacto de la estación espacial dónde estaba cada uno y todos sus componentes.

Turnos de vigilancia observaban día y noche la gran pantalla, y si alguno de los miembros de la dotación no permanecía en su sitio o bien se quitaba de la muñeca su chapa de identidad, al instante era localizado. El orden resultaba perfecto así. La regla era rigurosísima y el llamado «Clavo Delator» había conseguido efectos sorprendentes con respecto a la rígida disciplina, ya que todos tenían la certeza de que al cerebro electrónico que registraba en la gran pantalla de radar cada uno de sus movimientos, no se le podía engañar por una sola fracción de segundo.

Y lo extraño era que la pantalla del radar indicaba el pasillo número 110, situado entre la gran sala de conferencias y el laboratorio del profesor Joseph von Kreiper, como el lugar donde últimamente éste había estado. El operador dijo que había estado registrando todos sus movimientos y que se extrañó cuando, sin terminar la reunión, el sabio alemán había abandonado la gran sala para ir directamente a su gabinete.

— Empezamos a discutir y salió un poco airado — recordó Clemens W. McCoy—. Ya saben la clase de genio que se gastaba.

— Perdón, señor... —osó decir el teniente Campbell—. ¿Ha dicho usted «gastaba»? ¿Quiere eso decir que el profesor von Kreiper ya no... no...?

— Bueno, teniente: lo cierto es que no está entre nosotros. ¿Puede alguno darme una explicación? Mañana mismo tengo que regresar a Washington y presentar un informe al Gobierno de todo lo que pasa aquí. El «Clemens I» ha sido creado y puesto en órbita por una sociedad comercial, a la cual represento: pero el Gobierno de nuestro país tiene

derecho y exige un informe de cada uno de nuestros pasos y adelantos y me temo que, esta doble desaparición del profesor Kreiper y su ayudante, no les va a gustar.

— ¡Es inaudito! —exclamó el perplejo comandante Meredith—. ¡No consigo explicármelo!

— No es cuestión de que usted se lo explique o no, Meredith. Lo cierto es que de alguna manera Joseph von Kreiper y Joakim Lundy han desaparecido de «Clemens I» y que a usted, como jefe de la policía de esta estación espacial, le corresponde averiguar lo que ha pasado.

— Sólo puedo decir una cosa, señor McCoy...

¡Se han volatizado!

— No sea niño, comandante. Dos cuerpos humanos, con sus ropas, sus vestidos, zapatos y demás... ¡no pueden volatizarse!

— Pues no hay el menor rastro de ninguno de los dos, señor McCoy — insistió el teniente Campbell.

— Entonces, si tan seguros están de que no se encuentran en «Clemens I» y no falta ninguno de los trajes autónomos para salir al exterior, no hay más que una explicación: ¡Alguien los ha lanzado al vacío!

— ¿Asesinados, señor? — indagó Donald Bundy.

— Llámelo como quiera, Donald. ¿Tenían algún enemigo aquí?

— Ninguno, señor McCoy. Los dos eran personas excelentes.

— Una cosa me extraña, señores —intervino el encargado del Centro de Control que cuidaba la pantalla del radar—. De haberlos empujado alguien hacia una de las escotillas que dan al exterior, por el «Clavo Delator» de sus chapas de identidad la pantalla lo habría registrado al instante.

— El atacante o sus atacantes, bien pudieron quitarles sus

chapas de identidad —dijo uno de los mecánicos del Centro de Control —. Y ellos hacer lo mismo con las suyas.

— ¡Ridículo, Storick! — le amonestó su jefe —. ¿Dónde diablos están entonces esas chapas? La pantalla del radar las delataría aunque las hubiesen dejado en el lugar más oculto.

— ¿En qué último punto registró la pantalla que se hallaban el profesor y su ayudante? — preguntó más sensatamente Clemens W. McCoy.

— En el pasillo número 110, señor. Entre la sala de conferencias donde estaban reunidos ustedes y el laboratorio del profesor von Kreiper. Luego, de pronto, ¡los puntos desaparecieron de la pantalla!

— ¿Pueden determinar el momento exacto de esa desaparición?

— Sí, señor: recuerdo perfectamente que por un instante pensé que la pantalla estaba averiada. De funcionar, es materialmente imposible que ninguna chapa de identidad, con su «Clavo Delator» deje de ser registrada en la pantalla.

— ¿Y funcionaba su pantalla?

— Funcionaba, señor McCoy. En ella estaban señalados los puntos exactos donde se encontraba cada una de las personas que están en el «Clemens I». Los únicos puntos que habían dejado de reflejarse correspondían al profesor y su ayudante. Y la cosa ocurrió así, de pronto, como si... como si...

— Continúe.

— Bueno, pues que desaparecieron en el instante en que usted salía de la sala de conferencias y avanzaba por el pasillo número 110...

Clemens W. McCoy miró al encargado del Centro de Control con aire perplejo y luego se volvió a los otros hombres reunidos allí. Observó a Donald Bundy, al comandante Meredith, al teniente Campbell, el mecánico

Storick y al resto de los mandos que habían estado reunidos con él. Recordaba que al terminar la conferencia todos ellos habían salido tras él y preguntó:

— ¿Ustedes vieron a Joseph y a su ayudante en el pasillo número 110? ¡Yo no!

Donald Bundy vaciló un instante antes de decir:

— Sólo recuerdo que usted iba delante, señor McCoy. Lo único que recuerdo es haber oído un doble chasquido metálico. Por un instante creí que usted había tropezado.

— Así fue. Pero ¿el profesor y su ayudante estaban allí?

— No, señor McCoy. Cuando alcance a doblar la esquina en el pasillo 110 no había nadie.

Con su energía habitual y su aire decidido de siempre, Clemens W. McCoy no quiso divagar más ni perderse en confusiones y, realista por naturaleza, al instante situó a todos ordenando:

— Caballeros... Vamos a cenar mientras el comandante Meredith y el teniente Campbell terminan de realizar sus investigaciones. Nada adelantaremos si todos nos ponemos a hablar y a sacar nuestras propias conclusiones. Dos hombres han desaparecido sin dejar el menor rastro, pero es al comandante Meredith a quien corresponde, por el cargo que ocupa, cuidarse del asunto.

Se volvió directamente hacia el comandante Meredith y su índice se agitó severo:

— Pero no olvide que, antes de terminar la cena, quiero un informe detallado y realista de lo que pudo haber pasado, comandante.

El comandante Meredith vaciló, perplejo:

— Está bien, señor... ¡Volveremos a empezar!

Pero hora y media más tarde, el comandante

Meredith y el teniente Campbell, en unión de todos sus hombres, los cuales habían vuelto a registrar pulgada a pulgada la estación espacial, estaban como al principio de su investigación.

Joseph von Krieper y Joakim Lundy habían desaparecido del «Clemens I» sin dejar el menor rastro…

No se olvidó el exterior de la estación espacial y tres de las cinco astronaves salieron a explorar. Por la misma fuerza de gravitación que todo cuerpo ejerce en el espacio, tenían la certeza de que, de haber sido lanzados al exterior los cuerpos de los dos hombres, estarían flotando en torno a la masa que representaba el «Clemens I» en el vacío absoluto de aquella parte del Universo.

Las tres astronaves estuvieron evolucionando en torno a la nueva luna artificial que, por el ingenio de los hombres, ahora flotaba en el vacío infinito siguiendo la órbita del gigante Júpiter. El espectáculo resultaba tenebroso, único y al mismo tiempo maravilloso.

Allí, en el fondo, a setecientos setenta y ocho millones de kilómetros, brillaba el Sol con una luz tenue apenas distinguiéndose de otras diminutas estrellas. No era de extrañar que la traslación de Júpiter en torno al Sol durase once años y casi 315 días pese a su velocidad orbital de 13 kilómetros por segundo. La Tierra quedaba a una distancia media de quinientos ochenta y cuatro millones de kilómetros: Marte y los otros planetas del Sistema Solar, casi no podían ser identificados y sólo las doce lunas de Júpiter, por su mayor proximidad y sus órbitas caprichosas, podían ser localizadas por los comandantes de las tres astronaves.

Allá estaba «I0», con sus 3.753 kilómetros de diámetro y a una distancia de Júpiter de 422.000

kilómetros; «Europa», con 3.150 kilómetros de diámetro y separada del planeta a una distancia de 671.000 kilómetros; «Ganimedes» con 5.150 kilómetros de diámetro y ya a

1.065.000 kilómetros de distancia; «Calisto», la más grande con un diámetro de 5.180 kilómetros y siguiendo a Júpiter desde 1.873.000 kilómetros de distancia; «Amalte V», pequeña luna de esta serie tan solo con 190 kilómetros de diámetro e interponiéndose entre sus hermanas y el gran planeta a una distancia de 181.200 kilómetros nada más; y «Amaltea VI», apenas menor que su hermana anterior al tener 140 kilómetros de distancia, pero envolviendo al planeta con su órbita a la gran distancia de 11.400.000 kilómetros; luego seguían las «Amalteas» VII, VIII, IX, XI y XII, y por último la Luna que hacía el número trece, «Clemens I», desde la cual observaban los hombres aquel maravilloso y único panorama del Universo.

Pero el hombre se acostumbraba a todo y muchas veces pierde su capacidad de asombro.

Y no obstante, todos quedaron más extrañados aún al no hallar, ni en el exterior de la estación espacial, flotando por el espacio, los cuerpos de los dos hombres desaparecidos.

Clemens W. McCoy terminaba de tomar el café con los altos mandos de la estación espacial, cuando el comandante Meredith penetró muy serio con su informe escrito en una mano. Avanzó en silencio por el gran comedor metálico y, cuando estuvo ante el multimillonario le ofreció el papel diciendo:

— Esto es todo lo que puedo decirle, señor McCoy.

En silencio, Clemens W. McCoy desdobló el papel y leyó en voz alta:

«2 de junio del año 2.054.

«En el día de hoy, y a eso de las 6’30 de la tarde, según la hora solar correspondiente a la Tierra, se ha registrado, súbita e inesperadamente, la total desaparición del profesor Joseph von Kreiper y de su ayudante Joakim Lundy en el pasillo número 110 de la estación espacial «Clemens I». Todo en el exterior, ha resultado inútil. Como comandante de la policía,

encargado de la seguridad interior de la estación espacial, ante todo esto he llegado a una conclusión:

«El profesor Joseph von Kreiper y su ayudante Joakim Lundy han sido desintegrados.

Firmado:

El comandante Meredith.»

Todos los presentes quedaron con la boca abierta cuando Clemens W. McCoy terminó la lectura del informe. Tan sólo el multimillonario tuvo ánimos para indagar, fijos los ojos en el rígido comandante Meredith:

— ¿Qué quiere decir con esto, comandante? ¿Qué significa esto de que han sido «desintegrados»?

— La palabra lo dice, señor McCoy. Ningún cuerpo sólido puede desaparecer, volatizarse, si no es desintegrado. ¡Y eso es lo que creo que les

ha ocurrido al profesor y su ayudante!

— ¡Pero es absurdo, Meredith! ¿Quién, cómo y cuándo han sido desintegrados esos dos hombres? ¿Es que hay en «Clemens I» algún medio para conseguir eso? ¿Quién puede poseer aquí un poder así?

Clemens W. McCoy se volvió veloz hacia el administrador civil Donald Bundy, preguntándole apremiante:

—Donald... ¿Habéis efectuado aquí algún experimento de esta clase?

— No, señor McCoy: las investigaciones en «Clemens I» han seguido, en todo, las instrucciones de «Centro de Investigación Mundial» dirigido por usted, señor. Esperábamos que en este viaje usted nos trajera nuevas instrucciones: puedo asegurarle que ninguno de los científicos de «Clemens I» efectúa ensayos ni investigaciones que previamente no hayan sido indicadas.

Clemens W. McCoy se dirigió a un hombre de gruesas gafas

de concha que en aquel instante encendía un aromático habano con aire indolente, como si estuviera ajeno a todo lo que pasaba, tiroteándole con sus directas preguntas:

—Señor Hankims... ¿Qué nos dice usted? ¿Alguno de sus hombres ha podido utilizar sus laboratorios de física nuclear? ¿Cree posible emplear la fuerza de la desintegración del átomo para hacer «desaparecer» a dos hombres?

Dam Hankims, tras la primera bocanada de humo de su habano miró al multimillonario apaciblemente, respondiendo con calma:

— Primero contestaré a su pregunta inicial, señor McCoy. Y niego que ninguno de mis hombres haya podido utilizar los laboratorios de física nuclear que regento para efectuar investigaciones fuera de las programadas. Pero, a su pregunta de si es posible emplear la fuerza de la desintegración del átomo para hacer desaparecer cualquier cuerpo, me temo que debo decirle que sí.

Hizo una estudiada pausa sabiéndose el centro de la atención general, volvió a saborear su puro y prosiguió:

— Muchos de los presentes saben cómo se efectúa la desintegración del átomo, ya desde hace muchos años. Una reacción en cadena provocada bombardeando su núcleo con elementos radiactivos dan como resultado esa desintegración. Fácil nos es entonces deducir que, si un átomo puede ser desintegrado, indiscutiblemente un cuerpo sólido puede serlo mucho mejor, no solo convirtiéndole en átomos, sino también desintegrándose estos últimos de los que estaba constituido.

— Siga, Hankims... —instó Clemens W. McCoy.

— Ahora bien: también sabemos que esa desintegración en cadena desarrolla una enorme energía y que ésta se manifiesta en grandes explosiones, produciendo al mismo tiempo enormes temperaturas. Por lo tanto, considero desde todo punto imposible que alguien pueda fabricar un arma desintegrador que resulte silenciosa y mucho menos portátil.

— ¿Por qué dice usted «portátil», señor Hankims?

La pregunta venía de labios del administrador civil Donald Bundy y el científico atómico Sam Hankims le contestó sonriente:

— Según el informe del comandante Meredith, nos da a entender que el pobre profesor von Kreiper y su ayudante Joakim han sido «desintegrados» por alguno de los que estamos en «Clemens I» utilizando un arma. Damos por supuesto que un cañón o un rifle atómico desintegrador, de existir en esta estación espacial, habría sido encontrado en los registros que han llevado a cabo

los hombres del comandante Meredith, tan escrupulosamente, ¿no es así? Entonces...

— ¡Termine de una vez, señor Hamkims! — volvió a instar Clemens W. McCoy.

Pero Sam Hankims no contestó directamente al multimillonario y sonriéndole al serio comandante

Meredith dijo:

— Propongo una cosa, comandante: ¿por qué no registra a todo el personal del «Clemens I»? Resultaría altamente significativo encontrar en alguno un arma, una especie de pistola desintegradora. ¿No les parece?

— Un momento, Hankims —interrumpió Donald Bundy—. Usted es un especialista en la materia y ha dicho que prácticamente la construcción de tal arma es de todo punto inconcebible.

—Así es, señor Bundy. Pero... ¿Quién sabe?

La ciencia avanza cada día a pasos agigantados, tanto para el bien como para el mal. Yo soy hombre abierto a todas las hipótesis. Muchos años de estudio me han demostrado que absurdas teorías que parecían imposibles de ser llevadas a la práctica al poco tiempo eran realidades.

Como Presidente del «Centro de Investigación Mundial», todas las miradas se centraron en Clemens W. McCoy; pero fue el comandante Meredith quien le preguntó:

— ¿Qué dice usted, señor McCoy?

Clemens W. McCoy se sentía molesto. Allí tenía buenos amigos, hombres que llevaban muchos años colaborando con él y de los que no podía sospechar. Pero un hecho era incuestionable: Joseph von Kreiper y su joven ayudante Joakim Lundy habían «desaparecido» sin dejar el más leve rastro.

¿Desintegrados tal vez?

Sus labios no se movieron pero su cabeza empezó a hacer mudos signos afirmativos, hasta que terminó por admitir:

— Sí, comandante Meredith. Puede dar orden a sus hombres de que vuelvan a registrar cada rincón del «Clemens I», incluyendo a todas las personas que estamos aquí. Ahora ya no se trata de buscar esos dos cuerpos tan misteriosamente desaparecidos, comandante. Centren su atención en cualquier cosa, en cualquier objeto que pueda ser hipotética arma causante de su «desintegración».

Avanzó hacia el jefe de la seguridad interior del «Clemens I» y saliendo tras la mesa en la que habían estado cenando se ofreció:

— Y puede empezar por mí, comandante... ¡Cuando quiera!

Confuso, el comandante Meredith empezó a registrar al multimillonario sobre el que se centraron todas las miradas.

Las pupilas de todos miraban angustiosas. En el tenso ambiente, pese al aire acondicionado y la agradable temperatura que reinaba en toda la estación espacial, empezó a flotar la convicción de que allí había un astuto asesino.

Alguien cuyo poder era temible y terrorífico, al poseer una posible arma secreta capaz de desintegrar cualquier cosa...

Fuera, en la negra noche del silencio sideral, el «Clemens I» continuaba sus órbitas dictadas por el cerebro humano, capaz de alcanzar las técnicas más maravillosas y sublimes, pero también, las más destructivas y apocalípticas…

Capítulo III

Nada se resolvió. Nadie pudo ser declarado culpable. No se encontró en toda la estación espacial ningún objeto extraño que hubiera podido servir de mortífera arma desintegradora.

El comandante Meredith y el teniente Campbell, en unión de todos sus hombres destinados en «Clemens I» para mantener la seguridad y el orden interno, tuvieron que rendirse ante la evidencia de su impotencia. Era triste reconocerlo pero, tanto el profesor Joseph von Kreiper como su joven ayudante Joakim Lundy, habían desaparecido sin dejar el más mínimo rastro.

La excitación fue creciendo dentro de aquel ingenio espacial donde estaban destinadas más de quinientas personas, máxime cuando al término del registro zumbaron los altavoces en todos los pasillos, ordenando desde la sala de Control:

— ¡Atención! ¡Atención! Que todo el mundo se retire a sus gabinetes. Los trabajos de investigación quedan temporalmente suspendidos. Sólo seguirán de servicio los puestos siguientes...

Se dio la lista del personal que resultaba imprescindible para el funcionamiento del «Clemens I» en el espacio. El resto del personal, desde el científico más importante hasta el camarero más simple, quedaron confinados en sus gabinetes. Nadie podía abandonar sus habitaciones sin una orden especial.

Como administrador civil del «Clemens I», Donald Bundy tuvo mucho trabajo en las últimas horas de aquella trágica noche que todos recordarían como la de la misteriosa desaparición de dos hombres de la dotación.

Y en más de quinientos cerebros se formuló la misma pregunta:

¿Cómo había podido suceder una cosa así?

Antes de retirarse a descansar, Clemens W. McCoy ordenó al comandante Meredith:

— Avise al personal de mi astronave para que efectúen los preparativos de regreso a la Tierra. Cuando los tengan listos que me avisen.

— Bien, señor McCoy.

El comandante Meredith se iba a retirar para cumplir la orden cuando el multimillonario volvió a decir:

— Usted y Donald regresarán conmigo, comandante. Traspase el mando al teniente Campbell y tú, Donald haz lo mismo: en tu puesto quedará Sam Hankims.

Donald Bundy osó preguntar, indeciso:

— ¿Por qué, señor McCoy? En estas circunstancias creo que...

— Son precisamente estas circunstancias las que me preocupan, querido Donald. Cuando esté en Washington, quiero tener a mi lado a alguien que pueda atestiguar mis informes. Me molestaría que me tomaran por loco al decirles que dos hombres de los más importantes en «Clemens I», han desaparecido sin saber cómo ni por qué. ¿Comprendes ahora, Donald? ..

—Poco podremos añadir el comandante Meredith y yo, señor McCoy.

— Con que confirmen lo que yo diga me basta.

Y ahora quiero descansar un rato.

Desapareció tras la puerta metálica de su gabinete y el comandante Meredith se trasladó, a través de varios pasillos y ascensores, a la pista número cuatro de lanzamientos. Allí estaba la astronave del señor McCoy con el anagrama del «Clemens I» perfectamente visible en uno de sus costados. Parecía un gigantesco cigarro puro con la punta muy afilada,

al que al final le hubieran salido dos pequeñas alas brillantes bajo los reflectores que iluminaban toda la amplia pista.

Al fondo, junto al hangar donde había dos gigantescos camiones-orugas de energía eléctrica, estaban los cinco hombres de la tripulación volviendo a ponerse los trajes espaciales de finas capas de amianto y plomo, comentando el último registro del que también habían sido objeto, como todo el personal de la base espacial.

El comandante Meredith se acercó con paso vivo al capitán Langley, transmitiéndole la orden recibida de Clemens W. McCoy. La astronave debía estar lista para regresar a la Tierra, cuanto antes mejor.

— ¿No le ha dicho la energía que desea que empleemos, comandante? — preguntó el capitán Langley.

— No, capitán. Sólo me dijo que efectuasen los cálculos para regresar cuanto antes. Cuando terminen me avisan por el visófono de mi gabinete.

— Descuide, comandante... Y vosotros a trabajar, muchachos.

Los cuatro hombres del capitán Langley se acercaron a una computadora y tras comprobar la fecha, hora y otros muchos datos astronómicos, uno de ellos introdujo una cartulina perforada por mil sitios en la correspondiente ranura de la computadora. Al instante, el cerebro electrónico empezó a trabajar por él solo a una velocidad de vértigo: estaba calculando hasta la diezmillonésima fracción de segundo, pero aquel cálculo duró más de una hora. Cuando la cartulina salía por una ranura, según los resultados era introducida en otra: luego en otra más, y en otra...

Al final, la cartulina les indicaría el minuto exacto del despegue, ruta a seguir en forma de eclipse en el espacio, posibles interferencias, aceleraciones y otras muchas particularidades del viaje de regreso a la madre Tierra.

Todo eso había conseguido el HOMBRE.

Aunque todavía fuera incapaz de descubrir a un asesino oculto.

Los mil ojos encendidos de la computadora, verde, azul, rojo, anaranjado y blanco, parecían un nervioso parpadeo constante y anunciaban que el cerebro electrónico estaba «trabajando» aceleradamente. El gran artefacto parecía tener vida propia: la vida que le había prestado el ingenio del hombre, su creador.

Al fin el capitán Langley tomó la cartulina y en rápida ojeada «supo» leer en todos aquellos finos taladros, perforaciones y puntos. Ladeó la cabeza y dijo a sus hombres:

— Tendremos mal viaje, muchachos. En el cono de la elipse encontraremos todas las generatrices a un mismo lado del vértice.

Su copiloto, el teniente Collins, comentó:

— No sé a qué viene este regreso tan rápido, capitán. En principio, el señor McCoy nos dijo que no despegaríamos hasta mañana.

— ¿No sabes lo que ha pasado, Collins? Han desaparecido dos de los científicos que aquí viven.

El capitán Langley subió a la astronave y en otra computadora electrónica introdujo la cartulina para que el «cerebro» fuera disponiendo los mecanismos de la nave espacial con arreglo de los primeros cálculos efectuados. El resto sería más fácil aún: sentarse ante los mandos, seguir todas las indicaciones del tablero y no tener un solo fallo cuando los instrumentos «ordenaran» pulsar tal o cual palanca de aceleración o dirección.

Sólo en caso de emergencia los pilotos debían tomar decisiones propias. Y éstas siempre ayudadas por los finos mecanismos de la astronave que, aunque de acero con aleaciones de otros muchos metales, parecían tener la fina

sensibilidad de la carne humana capaces de captar en una fracción de segundo cualquier anomalía de la vertiginosa marcha por el espacio.

Mientras, el teniente Collins manipulaba en los complicados mecanismos de otro sector de la astronave: presión, acondicionamiento de aire, variación de atmósferas, humedad, expulsión de gases y defensa, por capas de aire, de los meteoritos que pudieron encontrar en el largo camino de seiscientos millones de kilómetros hasta el querido y añorado planeta Tierra.

El maravilloso mundo, casi mágico, de la mecánica y la electrónica, dócil a los dedos de la mano humana.

Cien agujas empezaron a oscilar en el complicado tablero de mandos de la astronave y al fin, accionando la palanca de conexión del visófono, el capitán Langley captó en la pantalla la imagen del comandante Meredith en su gabinete, anunciándole al ver que preparaba sus cosas para el viaje:

— Todo listo, comandante. Puede decirle al señor McCoy que sólo dispone, exactamente de treinta y seis minutos y doce segundos para subir a la astronave. Empezamos a calentar los motores de impulsión. ¡Corto!

— Gracias, capitán Langley. Le avisaré. ¡Corto!

El Universo tiene sus leyes, mecánica celeste armoniosa hecha por mano divina, que al hombre le es preciso acatar. Sólo en muy pocas ocasiones le es dado alterar estas leyes, y eso a base de ingenio, cuando agudiza su cerebro y alcanza las metas más altas qué le separan de la animalidad bestial de otras criaturas, no razonables.

Hombre de su época, el activo y dinámico multimillonario Clemens W. McCoy sabía todo esto muy bien y fue puntual, para que la astronave despegara de la estación espacial a su hora fijada por los complicados mecanismos que, a su vez, habían «obedecido» a esas leyes inmutables de la Naturaleza captando sus órdenes.

Y el viaje de regreso a la Tierra empezó.

Atrás o delante, arriba o abajo (en el espacio infinito no hay punto de referencia), fue quedando «Clemens I», la luna artificial puesta en órbita sobre Júpiter, causando la envidia a las otras doce naturales. Por una de las escotillas de gruesos cristales laminados transparentes Clemens W. McCoy observó la estación espacial y no pudo por menos que musitar:

— ¡Qué hermoso es «Clemens I»! Brilla como un diminuto sol, con luz propia.

— Sí, señor McCoy... ¡Es muy hermoso! Pero ahora su ambiente se ha enrarecido.

Donald Bundy dijo estas palabras cabizbajo ocupado en abrochar su cartera repleta de documentos y el comandante Meredith preguntó:

— ¿Por qué dice usted eso, señor Bundy?

— Se han cometido ahí dos asesinatos, comandante. Cada vez que lo pienso me reafirmo más en esta idea.

— Vamos, Donald... Nada hay que lo confirme así, querido amigo. Joseph y su ayudante han desaparecido, pero... ¿Quién sabe? Si raro es el fenómeno de su «volatización», ¿por qué no puede ocurrir que nuevamente se corporalicen?

Donald Bundy miró asombradísimo al señor McCoy. Estaba acostumbrado a sus fantasías y forma de expresarse; pero aquello de que Joseph von Kreiper y Joakim Lundy pudieran «corporalizarse»... ¿Qué quería decir?

Optó por no preguntar y poniéndose cómodo en el asiento, tras la agitada noche pasada musitó, cerrando los ojos.

— Perdonen, pero necesito dormir. ¿Ustedes no?

Clemens W. McCoy tocó apacible el antebrazo del amigo y poniéndose en pie se dirigió hacia otro departamento de la astronave, diciendo tras hacer una muda seña al comandante Meredith para que le siguiera:

— Descansa, Donald... Yo tengo que hablar de algunas cosas con el comandante. ¿Viene usted, Meredith?

— Sí, señor McCoy.

Ya solos, Clemens W. McCoy accionó un mecanismo en la pared y un brazo metálico le ofreció un vaso de café. Repitió el movimiento y le ofreció al comandante el segundo vaso:

— ¿Café, Meredith?

— Gracias, señor McCoy.

— Llámeme Clemens... ¡Ahora ya somos amigos «íntimos»! ¿No, Peter?

El comandante Peter Meredith sonrió ampliamente mostrando la doble hilera de sus fuertes dientes.

— Sí, Clemens... Ahora ya somos amigos «íntimos». ¡Nos liga un gran secreto!

— Eso está bien, muchacho. ¡Tienes ante ti un gran porvenir, Peter!

— Gracias, Clemens... Eres muy generoso.

— ¡Bah! Pamplinas, Peter... Soy un hombre agradecido y basta.

Los dos hombres bebieron en silencio el café y mientras Clemens W. McCoy ofrecía su pitillera de platino a su compañero de viaje, comentó sonriendo:

— ¿Qué es lo último que dijo nuestro querido profesor Joseph von Kreiper, querido Peter?

— ¡GUSANOS!... Sí, Clemens... ¡Gusanos!... Y se refería a ti.

Clemens W. McCoy abrió mucho la boca y soltó una sonora carcajada que retumbó en las paredes acolchadas de la astronave.

Y mientras afuera las toberas despedían el fuego, ígneo de sus poderosos motores, dentro dos hombres unían el chorro

de sus carcajadas burlonas.

Capítulo IV

Al salir de la piscina las gotas de agua resbalaron perezosas por la sedosa piel de Martha McCoy, como si no quisieran abandonar aquel cuerpo de mujer armonioso, de silueta perfecta.

Haciendo un gracioso mohín se quitó el gorrito de goma que sujetaba sus cabellos, y la cascada dorada como el trigo en sazón cubrió la parte desnuda de su espalda, no oculta por el traje de baño. Ahora podía oír mejor el murmullo y los comentarios de todos sus invitados, reunidos junto a la piscina sentados en torno a las mesas bien provistas de refrescos y limonada.

Martha McCoy se sentía satisfecha. Aquel año había ganado el título Olímpico de salto en trampolín, y a instancias de su padre había efectuado una demostración para los íntimos. La fiesta se daba en honor a Clemens W. McCoy, que había regresado a la Tierra, en la gran finca, enclavada en pleno desierto de Sáhara convertido en un delicioso vergel desde hacía veinte años, se habían instalado cómodamente más de trescientos invitados.

Peter Meredith, comandante de la Policía Espacial que había solicitado su traslado a la Tierra, siguió aplaudiendo cuando cesaron los demás y rogó:

— Martha. ¡Has estado magnifica!

— Gracias, Peter... Ahora os toca a vosotros disfrutar de la piscina. ¡El agua apetece con este calor!

Muchos de los invitados fueron a las casetas y en un instante salieron con sus trajes de baño zambulléndose en el agua, mientras que otros formaban corro en torno al satisfecho dueño de la casa, el poderoso y multimillonario Clemens W. McCoy, quien no hacía muchas horas había hecho unas sensacionales declaraciones a la prensa diciendo

que, según los últimos dictámenes del sabio profesor Joseph von Kreiper destinado en «Clemens I», no serían puestas en órbita sobre Júpiter las siguientes estaciones ya preparadas con los nombres de «Clemens II», «Clemens III», IV y V.

Y Clemens W. McCoy había explicado esta decisión del «Centro de Investigación Mundial» que él presidía, diciendo que, siempre siguiendo las sabias indicaciones del profesor von Kreiper, la explotación o colonización del gigantesco planeta Júpiter no era posible porque allí, sobre su gaseosa superficie, sólo se había descubierto una cosa…

¡GUSANOS!

En la misma conferencia de prensa había anunciado que lamentaba añadir que, poco después de hablar con el profesor von Kreiper y su joven ayudante Joakim Lundy, en «Clemens I», había ocurrido algo insólito: el administrador civil de la estación espacial Donald Bundy los había asesinado…

Tal acusación había sido sensacional. Todo el mundo conocía a Donald Bundy y jamás se sospechó que pudiera hacer tal cosa. Pero Clemens W. McCoy tenía la explicación: como administrador civil del «Clemens I», si la estación, espacial era abandonada por su inutilidad según las conclusiones científicas del profesor von Kreiper y su ayudante, Donald Bundy quedaría sin aquel importante empleo y quizá tardaría muchos años en encontrar otra oportunidad igual. Por eso había asesinado a los dos astrofísicos, creyendo que no habían facilitado aún su confidencial informe a Clemens W. McCoy.

Pero aún había más: en «Clemens I» todos creían que tanto el profesor Joseph von Kreiper como su ayudante habían sido materialmente «desintegrados», por la sencilla razón de que sus cuerpos no fueron encontrados.

— Pero esto no fue cierto — siguió contando a sus invitados el inefable y satisfecho Clemens W. McCoy—. El comandante Meredith, aquí presente, encontró al fin los dos

cuerpos en las toberas de mi astronave, seguramente colocados allí para que se pulverizaran, al encender los motores de despegue, borrando así el cuerpo del doble delito.

Y Clemens W. McCoy siguió explicando:

— El comandante Meredith me comunicó que había encontrado a los dos cuerpos y ambos conferenciamos. «Clemens I» es como una pequeña isla perdida en el espacio y todo el personal está muy contento allí, debido a los excelentes contratos que nuestra Compañía paga a todos sus empleados. Decirles que su jefe y administrador Donald Bundy era el asesino de los dos hombres, gracias a unos informes la estación espacial, sería abandonada, perdiendo todos ellos sus empleos, era exponerse a un motín colectivo, máxime no estando ya con vida el profesor y su ayudante que podrían demostrarles la inutilidad del «Clemens I» en torno a Júpiter.

Hizo una pausa estudiada para que comprendieran todos sus explicaciones y luego siguió:

— Así es que decidimos hacer creer en la fantástica historia de la desintegración de los dos cuerpos por alguna arma secreta, que naturalmente no se encontró en ninguna parte, y obrando con astucia ordené a Donald Bundy que nos acompañara a la Tierra para que me ayudara ante el Gobierno a explicar aquel «fenómeno».

Uno de los invitados quiso saber, curioso:

— ¿Y han podido presentar a las autoridades los cuerpos del profesor y su ayudante, señor McCoy?

— Por supuesto, amigo mío. ¿Qué prueba hubiéramos tenido el comandante Meredith y yo de no ser así?

Hizo una señal al camarero para que le sirviera más limonada fresca, añadiendo:

— La verdad es que estaban muy desfigurados cuando los sacamos de las toberas y los escondimos en el interior de la

astronave. Donald Bundy lo niega, pero debió de matarlos con la pistola de rayos «Lasser», causándoles horribles quemaduras. Esa pistola fue encontrada también por el comandante Meredith en el gabinete del asesino cuando lo registró. ¡La única de esa clase que había en «Clemens I»!

— ¿Y ha confesado su doble crimen Donald Bundy? — quiso saber otro.

— ¡Por supuesto que no, amigos míos! Cuando al llegar a tierra le pusimos en manos de las autoridades acusándole el comandante Meredith y yo, nos llamó locos.

Al llegar aquí, Clemens W. McCoy sonrió con cierta complaciente benevolencia:

— El pobre insistió en la fantástica historia de que von Kreiper y su ayudante habían sido «desintegrados» en «Clemens I»... ¡Como si tal cosa fuera posible!

Uno de sus invitados, anciano Senador ya retirado, meneó la cabeza con aire dudoso diciendo:

— Todo eso está muy bien, Clemens. Pero... ¿Qué pruebas tenéis tú y el comandante Meredith para acusar a Donald Bundy?

— ¿Pruebas, Senador? La única pistola de rayos Lasser» que había en «Clemens I» y que estaba

en el gabinete de Donald Bundy; el hecho de que el comandante Meredith le viera rondar por la plataforma de despegue junto a mi astronave y, por último, los dos cuerpos horriblemente mutilados que hemos entregado a la policía, junto con el asesino.

— Como administrador civil de la estación espacial, ¿no estaba Donald Bundy con ustedes en la reunión? Si era así... ¿cómo pudo asesinar al profesor y su ayudante?

La pregunta fue hecha por un hombre que, recostado negligentemente sobre un árbol del jardín, los brazos

cruzados sobre su ancho pecho, permanecía algo apartado del grupo de invitados que rodeaban la mesa ante la que estaba sentado Clemens W. McCoy.

El hombre tendría unos treinta años de edad y a todas luces, por el sencillo atuendo que vestía, no era del grupo de los elegantes invitados. Calzaba botas altas de montar y un sencillo pantalón no en muy buen uso. Cubría su torso con una camisa de franela, abiertos los botones dejando ver el velludo tórax, y sus brazos, musculosos y también muy velludos, denotaban una fuerza poco normal.

Martha McCoy parpadeó nerviosa, al descubrirle allí, y fue a decir algo cuando su padre preguntó, molesto e incisivo:

— ¿Y usted quién es? ¿Por qué está en mi finca?

— Conteste primero a mi pregunta y luego yo contestaré a las suyas —respondió el hombre joven, sin inmutarse ni cambiar de postura.

Se había convertido en el centro de todas las miradas y Clemens W. McCoy consideró que debía contestarle. Pero antes de hablar pareció meditar un instante, para decir:

— Sí... Recuerdo que cuando el profesor von Kreiper y luego su ayudante salieron de la reunión, Donald Bundy aún estaba allí, con nosotros... Precisamente salió detrás de mí cuando se disolvió la reunión. ¿Satisfecho?

— No del todo, señor McCoy, pues parece ser que nada más salir de la reunión, por cierta pantalla de radar que tienen instalada en «Clemens I» y que registra todos los movimientos de sus moradores, el operador echó a faltar al profesor y a su ayudante... Y a partir de ese instante es cuando no se les volvió a ver más. ¿No fue así, señor McCoy?

— Sí, así fue...

— Entonces, si admite que Donald Bundy salió de la reunión tras de usted, ¿cómo pudo asesinarlos?

Peter Meredith, apartándose de Martha McCoy que no dejaba de observar al joven musculoso que hablaba recostado en el árbol, se acercó a éste preguntando a su vez:

— ¿Y usted, cómo sabe todo eso?

— Soy amigo del capitán Langley, el piloto del señor McCoy... Y me ha explicado por encima lo que ocurrió allí.

El índice del joven de cabellos castaños señaló al cielo, como haciendo una divertida referencia a una estación espacial que aún seguía en órbita a más de quinientos millones de kilómetros de distancia.

Pero el hecho de que fuera amigo del capitán que dirigía su astronave interesó vivamente al multimillonario, quien más amable, invitó:

— Acérquese, joven. No recuerdo haberle invitado. Pero si es cierto que es amigo del capitán Langley... -¿Limonada?

— Gracias, señor McCoy. Mi caballo y yo hemos bebido en ese hermoso río que usted y su poderosa Compañía creó para hacer habitable el Sáhara. Lo que puede la fuerza de los millones, ¿verdad?

— De los millones y de la técnica, joven. ¿Puede decirnos ahora cómo se llama?

— Roy Landsbury.

Clemens W. McCoy arqueó las cejas:

— ¿Landsbury?... ¿Hijo tal vez de Bren Landsbury, el científico en cuestiones acústicas?

— El mismo, señor McCoy... Hijo de Bren Landsbury, con el que usted pleiteó.

El multimillonario replicó prontamente:

— ¡Me robó una patente!

— ¿Quién robó a quién, señor McCoy? ¿No quedó satisfecho ganando el pleito y hundiendo a mi padre? Yo que

usted no emplearía esa palabra hablando de un hombre honrado. ¡Mi padre nunca robó a nadie!

— Descanse en paz — dijo con más suavidad el padre de la muchacha, que no apartaba sus grandes ojos azules de Roy Landsbury.

— Sí… Como el profesor von Kreiper y Joakim Lundy… — replicó como un eco opaco el joven.

Y ya se iba a retirar observado por todos los curiosos invitados que ocasionalmente habían asistido a aquel duelo, cuando el hombre musculoso de cabellos castaños giró en redondo sobre los tacones de sus botas de montar, señalando al multimillonario diciendo:

— Por cierto, señor McCoy: me ha dicho el capitán Langley que nada más llegar a la Tierra echó en falta a dos de los hombres de la tripulación de su astronave. ¿Sabía usted algo de eso?

Clemens W. McCoy puso cara perpleja al decir:

— No, la verdad… No sabía nada. Al fin de cuentas no es cosa mía. Es el capitán Langley quien debe cuidar de la tripulación y, si alguno de los hombres deserta y no quiere trabajar para mí, está en su derecho de despedirse. ¿No?

— Me temo que esos dos pobres diablos se hayan «despedido»… ¡para siempre!

Clemens W. McCoy se envaró, levantándose con rapidez. Pero fue el comandante Peter Meredith quien esta vez se encaró con el desconocido:

— ¿Qué pretende insinuar? ¿Se ha colado de rondón en esta finca para sembrar sospechas y discordias? El señor McCoy tiene poder para frenar la lengua de hombres como usted, amiguito.

Roy Landsbury no lo dudaba, pero no frenó su lengua y por eso contestó a Peter Meredith:

— Conozco el poder del señor McCoy, amigo... ¡Todos conocen su formidable poder! Pero no crea que por eso todos le temen.

Hizo una burlona inclinación versallesca y, despidiéndose de todos los invitados que le observaban en silencio, terminó:

— Buenas tardes, señores... Espero que les trate bien su poderoso y rico anfitrión.

Al poco, se oía el veloz trote de un caballo que se alejaba batiendo la fresca hierba que ahora adornaba la superficie de lo que no muchos años atrás había sido uno de los desiertos más grandes y áridos del planeta Tierra.

Clemens W. McCoy lo había dicho:

El poder de la técnica y los millones.

Capítulo V

Martha McCoy estaba indignada y no podía dormir. Por eso paseaba nerviosa por su habitación, sin explicarse con qué objeto Roy Landsbury se había enfrentado con su padre, a la vista de todos los invitados y con la velada intención de acusarle de algo impreciso.

Había conocido a Roy dos semanas antes, pero tenía que confesar que estaba perdidamente enamorada de él. Jamás había sentido junto a otros hombres lo que sentía junto a Roy. Era como si su naturaleza de mujer despertara y como si tan sólo el timbre de su voz la transportase a otros mundos. Mundos de vagas sensaciones imprecisas pero presentidas, que la hacían soñar, vibrar, sentirse llena de vida y risueñas esperanzas.

Siendo la hija única de Clemens W. McCoy, desde niña siempre lo tuvo todo. Lujos, caprichos, buenos colegios, excelentes y encumbradas amistades, infinidad de admiradores y hombres que la cortejaban, bien por ella misma, o bien por la inmensa fortuna que su nombre representaba.

Pero con Roy todo había sido distinto.

Le conoció en el límite de su gran finca, cuando él estaba abrevando su caballo en el nuevo río creado por la técnica. Unas millas más allá, protegidos los grandes edificios por las dunas de arena, empezaban las rampas de lanzamiento que el «Centro de Investigación Mundial» había instalado bajo la presidencia de su padre en mitad del gran Sahara. Fábricas movidas por energía atómica, factorías de toda clase, pozos de petróleo. ¡Todo un gran complejo industrial que se bastaba a sí mismo!

El gran imperio de Clemens W. McCoy en marcha, apuntando hacia el Universo y alcanzando, etapa tras etapa,

nuevas metas para el hombre.

Su abuelo había sido el primer hombre que puso los pies en la Luna: su tío Marcus, hermano mayor de Clemens W. McCoy, había sido el pionero de Venus y Mercurio, y ahora, su padre, heredero glorioso de todo el poderío familiar, había conquistado Marte y estaba a punto de hacer lo mismo con el gigante Júpiter.

Varias estaciones espaciales estaban a pocas millas de allí esperando ser lanzadas con los nombres de «Clemens II», «Clemens III», «Clemens IV» y «Clemens V».

Pero no: con Júpiter parecía que existían barreras insalvables. En la última conferencia de prensa su padre así lo había anunciado. Las nuevas estaciones orbitales quedarían allí, en sus rampas sin ser lanzadas en dirección a la conquista de Júpiter.

¿Por qué motivos reales los dorados proyectos que habían costado tantos millones a los accionistas del «Centro de Investigación Mundial» eran suspendidos ahora? ¿Qué informe secreto le habían transmitido a su padre el sabio profesor Joseph von Kreiper y su joven ayudante Joakim Lundy? ¿Por qué habían sido asesinados estos dos hombres? ¿Era cierto que el bueno y aparentemente pacífico Donald Bundy los había matado?

Martha McCoy estaba confusa ante todas estas preguntas que se agolpaban en su mente. Pero de todas estas dudas e ideas una destacaba sobre todas las demás: ¿por qué se había mostrado tan agresivo Roy con su padre?

Ella, de siempre ajena a los negocios de su padre y de todo lo que fuera las poderosas Compañías que manejaba, ignoraba hasta aquella tarde que el padre de Roy Landsbury hubiese tenido dificultades y pleitos con el suyo. Roy mismo no le había hablado de aquello en las dos semanas que se conocían. Se habían limitado a pasear juntos, a disfrutar de su mutua compañía y recordaba que tan sólo una vez le había

preguntado:

— ¿Tú no eres de aquí, verdad, Roy? ¿Naciste en África?

Roy Landsbury había respondido:

— No, Maggie: soy del Norte. Nací en Noruega.

¡Maggie!... Roy siempre la había llamado cariñosamente «Maggie». Era un soñador, un poeta, y cierta tarde lo demostró al tocar los rubios cabellos de la muchacha y murmurar como para sí:

— Eres como las muchachas de mi tierra. Creo que Dios ha dado mujeres rubias a los pueblos del Norte para consolarlos de la ausencia del sol.

Martha McCoy tampoco había nacido en África. Procedía de los Estados Unidos donde su familia, antes de la Tercera Guerra Mundial, había residido siempre. Pero cuando el gran caos atómico, cuando pueblos y naciones enteras quedaron polvorizadas bajo los «missiles» de cabezas nucleares, su abuelo había buscado un seguro refugio para la familia McCoy en pleno desierto de Sahara.

Luego había pasado todo y un Gobierno único se había implantado en la Tierra. La sensatez había vuelto a los hombres, pero el padre de Clemens W. McCoy nunca dejó de acudir a sus posesiones africanas del Sahara, donde habían terminado por instalarse el día que los grandes adelantos y los pasos de gigante de la ciencia, consiguieron hacer de aquel océano de estériles arenas un vergel.

Roy Landsbury también le había dicho que era técnico en acústica: ella no había entendido muy bien y, amable, Roy le explicó:

— Los sonidos, la transmisión de las ondas sonoras en el espacio. Igual que mi padre.

También le explicó que tenía sus laboratorios en el desierto, a pocas millas de las inmensas factorías de los

McCoy: pero que no podía seguir sus investigaciones por falta de fondos. Su padre había perdido un gran pleito: pero nunca le dijo que había sido por causa del padre de Martha.

Y ahora...

Mientras paseaba por su habitación, con la luz apagada para que no entraran los mosquitos por el gran ventanal, comprendía por qué Roy no había aceptado la invitación para celebrar el regreso a la Tierra de su padre. Odiaba a Clemens W. McCoy y lo había demostrado acercándose furtivo por el jardín para adoptar aquella posición atacante delante de todos los invitados.

¿Por qué tenían que ocurrir así las cosas?

Martha McCoy dejó de pensar al oír un ruido sospechoso en la ventana. Fue a retroceder para pulsar el botón de la luz y entonces, recortándose en las sombras de la clara noche africana, en el ventanal se perfiló la gallarda y viril silueta del hombre que amaba:

— ¡Roy! ¿Qué haces aquí?

— Hola, Maggie... ¿Te has asustado?

Martha McCoy fue a ofrecerle sus manos, pero se contuvo recordando la escena de la tarde. Procuró adoptar una actitud digna, indagando:

— ¿Qué te pasa, Roy? Estás obrando de una manera muy extraña. Esta tarde te empeñaste en ofender a mi padre delante de todos nuestros invitados y ahora, te acercas furtivamente como si fueras un ladrón.

— Quería hablar contigo, Maggie. Necesito saber si entre los dos todo sigue igual pese a que... que...

— Tú sabías que yo era la hija de Clemens W.

McCoy, Roy. Si tanto le odias o te amargan los recuerdos por aquel pleito que perdió tu padre, no debiste acercarte a mí. Habría sido mejor para los dos.

— Yo no odio a tu padre y lo que le ocurrió con el mío estaba olvidado, Pero cuando he hablado con el capitán Langley y me ha contado todo lo que pasó en «Clemens I», las misteriosas desapariciones del profesor von Kreiper y su ayudante, la acusación de doble asesinato que han formulado tu padre y ese comandante Meredith... ¡No sé, Maggie! ¡Tuve ganas de decirle cuatro verdades!

— ¿Consideras que es decir la verdad poner en duda todo lo que él contaba a nuestros invitados?

— Hay algo confuso en esa historia, Maggie. En primer lugar, todo el mundo conoce a Donald Bundy y sabe que no es un asesino: en segundo el

capitán Langley me ha contado que durante horas todo el mundo estuvo en «Clemens I» buscando al profesor von Kreiper y a su ayudante, sin lograr encontrar el menor rastro de ellos: en tercero él y su tripulación revisaron la astronave antes de emprender el viaje de regreso como es habitual hacerlo, y no encontraron esos dos cuerpos humanos que, al poco de llegar a la Tierra y coincidiendo con la desaparición de dos de sus tripulantes, tu padre y el comandante Meredith dijeron ser los del sabio alemán y su ayudante acusando a renglón seguido de asesino a Donald Bundy v en cuarto lugar...

— ¡Basta, Roy! Terminarás por acusar a mi padre.

— No le acuso, Maggie: simplemente dudo que estén diciendo la verdad. Como Presidente del «Centro de investigación Mundial» y dueños del «Clemens I», controla la casi todas las comunicaciones por radio con la estación espacial y no es posible averiguar claramente todo lo que pasó allí. Pero yo he hablado con el capitán Langley y tengo muchas dudas, como él.

Me gustaría hablar con el capitán Langley para saber lo que te ha contado y qué versión le das tú.

— Puedes hacerlo cuando quieras. Te he dicho que somos

buenos amigos y le he invitado a mi casa. Tu padre le ha dicho que no le necesitará en varios días y él se ha tomado un permiso. ¿Por qué no nos visitas mañana?

— Lo haré, Roy… Ahora debes retirarte.

Roy Landsbury miró fijamente a la espléndida mujer y sonrió divertido e implorante:

— ¿Así, Maggie?

Martha McCoy ofreció fríamente su tersa mejilla. Pero cuando el hombre la atrajo hacia él con fuerza y la rodeó con sus brazos, incapaz de resistir ofreció sus labios a la embriagadora caricia.

Y la lejana luna, aunque ya abatida no por eso menos poética, fue el mudo testigo de aquella despedida de enamorados.

* * *

Pero Martha McCoy no pudo, al otro día, hablar con el capitán Langley.

Ni al otro día, ni nunca…

Cuando Roy Landsbury llegó a su casa encontró la luz roja del dictófano encendida, señal evidente de que alguien había dejado un mensaje para él. Accionó la palanca cambiando el aparato a la luz verde y la voz pastosa del capitán Langley al instante le habló desde la cinta que la había registrado:

«Lo siento, Roy: tengo que marcharme. He recibido una orden urgente del «Centro de Investigación Mundial» diciéndome que debo presentarme en la plataforma de lanzamiento número 14, para un viaje a Venus. Nos veremos a la vuelta, quizá dentro de cinco días.»

Roy Landsbury accionó otro mando y al instante la señora Anderson se presentó en la habitación. El ama de llaves venía con la bata puesta y los canosos cabellos recogidos y el dueño de la casa se excusó:

— Perdone si se disponía a dormir, señora Anderson; pero quiero saber si alguien vino a ver al capitán Langley.

— Sí, señor Landsbury. Creo que fue un tal

Meredith: al menos el capitán Langley le llamó así.

Roy Landsbury estuvo pensando durante medio minuto, antes de volver a hablar.

— Gracias, señora Anderson. ¿Podría precisarme la hora exacta y en la habitación donde estuvieron hablando?

Sin dudar, la mujer contestó:

— Serían las 9,30 y pasé la visita a su despacho, señor Landsbury. El capitán estaba leyendo allí.

— Gracias, señora Anderson. Buenas noches.

— Buenas noches, señor.

Al quedar solo, Roy Landsbury corrió a su laboratorio y se plantó ante una gran caja metálica de metro y medio de largo por uno de alto. Tenía infinidad de pequeñas palanquitas, pulsadores eléctricos, un teclado como de máquina de escribir, y en el tablero de mandos infinidad de esferas con agujas medidoras.

Pese a lo mucho que debía de pesar era transportable, por tener en la plataforma un juego de ruedas que le permitieron arrastrarla hacia su despacho. Al llegar allí, obrando febrilmente pero con seguridad, Roy Landsbury empezó a enderezar las antenas que brotaban del extraño aparato al ir él pulsando una de las muchas palancas de mando. Luego abrió una tapa que dejó al descubierto un raro y complicado magnetófono.

Con otra pulsación en el tablero de mandos el aparato empezó a funcionar y las cintas magnetofónicas empezaron a registrar los sonidos que, a partir de las 9,30 de aquella noche, se habían producido en la habitación.

«Dios quiera que las ondas no hayan tenido muchas

interferencias», pensó para sí el hombre.

Y siguió trabajando febrilmente durante más de dos horas hasta que al fin, tras escuchar por última vez las cintas magnetizadas, ampliadas por un osciloscopio ultrasensible, desconectó el complicado aparato y musitó, disponiéndose a salir a la calle:

— Bien: ahora a hacer una visita a ese antipático comandante Peter Meredith.

Capítulo VI

El coche volaba materialmente por la amplia carretera.

No tenía ruedas. Se deslizaba sobre una capa de aire de unos diez centímetros y la plataforma del vehículo estaba constituida por un colchón neumático de plástico ionizado, que permitía el escape de los gases de propulsión, sin el menor ruido en su veloz deslizamiento.

Era el último invento en cuestión de transportes terrestres y, por supuesto, llevaba el anagrama de la fábrica que lo había lanzado al mercado mundial: «Clemens».

Mientras conducía, pensando en el poderoso multimillonario, Roy Landsbury sonrió para sí.

«Voy a darles otro disgusto. Ese Meredith va a abrir una boca de palmo.»

Unos 560.000 kilómetros cuadrados abarcaban los terrenos que el «Centro de Investigación Mundial» dedicaba para sus experimentos en el mismo corazón del antiguo desierto africano. Una extensión más grande que Francia, la antigua nación

cuyos límites fronterizos ya habían desaparecido, como las de los otros estados europeos, al quedar integrados bajo el nuevo Gobierno Mundial en la Gran Confederación de países regidos desde Washington.

Unos cien kilómetros antes de llegar al primer puesto de control, como a cosa de diez minutos de marcha a una velocidad intermedia, la amplia cinta de la carretera se iluminó al deslizarse el vehículo de Roy Landsbury sobre ella, como si fuera un gigantesco semáforo y el alquitrán tuviera propiedades transparentes. El reflejo de luz que despedía la carretera tuvo primero tonos azulverdosos que fueron transformándose en amarillos, para terminar en rojo intenso,

Pero Roy Landsbury siguió presionando la palanca del acelerador como si ignorase el aviso y al poco distinguió, en la inmensa llanura, las primeras edificaciones metálicas del «Centro de Investigación Mundial» que alzaban sus cúpulas hacia el cielo, en audaces formas arquitectónicas.

Sabía lo que le esperaba y no le extrañó ver a la guardia alertada en el primer puesto de control. Ante la enorme muralla de acero que circundaba aquellos 560.000 kilómetros cuadrados, unos veinte hombres bien armados con vistosos uniformes blancos como la nieve guardaban aquella entrada.

La número 780 de las 5.400 que tenía el «Centro de Investigación Mundial».

El hombre que parecía el jefe de la guardia se plantó ante el vehículo parado de Roy Landsbury, indagando:

— ¿Tiene pase?

— No… Es una visita de cumplido para el comandante Peter Meredith.

— No le recibirá, Sin pase nadie puede entrar aquí.

— Pero creo que en este caso harán una excepción.

El jefe de la guardia miró al recién llegado dubitativamente. Hizo una muda señal a sus hombres y éstos rodearon el vehículo de Roy Landsbury de forma inequívoca. Le estaban apuntando con sus metralletas lanzadoras de rayos «Laser». Una leve presión sobre el gatillo y él y su coche serían atravesados, como si a un simple alfiler se le sometiera a la soldadura autógena.

Roy Landsbury descendió con los brazos en alto.

— ¡Quietos, amigos! Les he dicho que es una visita de cumplido. ¿Es que no pueden ni anunciarme al comandante Meredith?

— No… Aquí todas las entradas y visitas están previamente programadas y todo el mundo lo sabe.

— Por supuesto. Pero insisto en que el mío es un caso «especial». Si me permiten hablar por el visófono con el comandante Meredith él mismo me dará la respuesta.

El jefe de la guardia pareció dudar, antes de indicar a uno de sus hombres:

— Llévale a la cabina. Antes pregunta tú al comandante Meredith si quiere recibir a este intruso.

— Gracias por lo de «intruso», buen hombre... ¡Me recibirá!

Y Roy Landsbury siguió al hombre uniformado de blanco hacia el interior de la gran muralla, llegando al fin a una gran cabina de paredes transparentes, desde cuyo interior podía empezar a verse los variados tinglados que el «Centro de Investigación Mundial» tenía instalados allí.

El hombre accionó el visófono y se puso al habla con la estación de información. Una pelirroja bastante atractiva apareció en la pantalla, también con uniforme blanco, dejando oír su voz cantarina:

— Dígame, sargento: ¿por quién pregunta?

— Localíceme al comandante Meredith y pregúntele si quiere recibir a un visitante que se llama...

Se interrumpió para preguntar al «intruso» y éste contestó:

— Landsbury... Roy Landsbury, sargento.

— Roy Landsbury, señorita.

— Un momento, sargento. Voy a localizarle.

La pantalla del visófono volvió a apagarse, pero, escasamente cuatro segundos después, la bonita silueta de la muchacha pelirroja aparecía de nuevo, anunciando:

— Lo siento, sargento: el comandante Meredith dice que no tiene el gusto de conocer a ese hombre y que...

Roy Landsbury avanzó dos pasos situándose junto al sargento de la guardia para que la muchacha pelirroja

pudiera captarle en la pantalla de su visófono. Con mudo gesto detuvo la protesta del sargento y directamente habló a la mujer:

— Dígale al comandante Meredith que es un mentiroso: esta misma tarde hemos tenido el «gusto» de conocemos en la finca de recreo de Clemens W. McCoy y no hace muchas horas él mismo ha estado en mi casa, hablando con el capitán Langley.

La muchacha pelirroja le sonrió a través de la pantalla, diciendo con gracioso mohín muy femenino:

— Es usted muy impetuoso, señor..., señor Landsbury. Voy a cometer una infracción del reglamento. Pero le pondré en comunicación con el comandante Meredith.

— Gracias, encanto — contestó Roy Landsbury, obsequiándola con la mejor de sus sonrisas.

La pantalla osciló un instante y al poco apareció el rostro de Peter Meredith en un primerísimo primer plano que captó toda su boca abierta al decir:

— ¿Qué diablos quiere usted, Landsbury?

Roy Landsbury miró aquella dentadura y comento, jocoso:

— Tiene usted una muela cariada, comandante. Conozco a un odontólogo que le haría un buen trabajo.

— ¡Váyase al infierno! Tenemos cosas más importantes de que ocupamos aquí.

— Por ejemplo, ordenar al capitán Langley aterrizar con su astronave en la superficie de

«Amaltea XII», una de las doce lunas de Júpiter...

— ¿Quién le ha dicho semejante majadería, Landsbury? La astronave del capitán Langley va camino de Venus y bien claro lo grabó para usted en su dictófano, dejándole el mensaje de despedida. ¡Lo hizo delante de mí!

— Así es, comandante; pero usted, el capitán Langley y yo... ¡sabemos que va hacia «Amaltea XII»!

Esta vez Peter Meredith bramó más que dijo:

— ¡Usted no puede saber eso!

Por toda respuesta, Roy Landsbury sacó de uno de sus bolsillos un pequeño magnetófono y antes de conectarlo miró a la pantalla dirigiéndose al airado rostro de su comunicante:

— ¿Me permite, comandante? Usted mismo va a escuchar la conversación que sostuvo en mi casa con el capitán Langley. Es cosa de pocos minutos.

Puso en funcionamiento el pequeño magnetófono, y la voz pastosa del capitán Langley llegó a través del visófono a Peter Meredith, cuya imagen en la pantalla reflejaba el mayor asombro.

»—Buenas noches, comandante Meredith. ¿A qué ha venido?

Tras una breve pausa, la cinta magnetofónica dejó oír la voz del propio comandante Peter Meredith:

»—Tengo órdenes especiales para usted, Langley. Tiene que regresar al instante a «Clemens I».

»—El señor McCoy me dio permiso por unos días... Dijo que...

»—Le he dicho que son órdenes especiales, capitán.

»— De acuerdo: usted dirá.

»— Partirá esta misma noche para «Clemens I», pero con una ligera variación en su trayectoria, capitán... Al llegar a la estación espacial dará un giro de tres grados y eso le permitirá casi rozar la superficie de «Amaltea XII». En su astronave hemos instalado un telescopio estragalático que captará interesantes fotografías de la Luna más pequeña y más lejana de Júpiter. Eso nos permitirá dar un gran salto en la investigación de ese planeta y todos sus satélites naturales.

¿Comprende usted, capitán?

La pequeña cinta magnetofónica captó la breve pausa de la conversación sostenida unas horas antes entre el comandante Peter Meredith y el capitán Langley, para al poco registrar la voz del piloto espacial que decía:

»— ¡Pero eso es una locura, comandante! Los últimos informes del profesor Joseph von Kreiper decían que resultaría muy peligroso intentar acercarse a «Amaltea XII». Hay un cinturón de gases que envuelven Júpiter y sus doce satélites naturales...

»— Simples suposiciones, capitán. En los confidenciales informes facilitados por el profesor von Kreiper al señor McCoy negaba tal cosa. ¿O es que tiene miedo? La Ciencia nunca daría un paso audaz y decisivo si sólo contara con hombres medrosos...

»— Bien, comandante: consultaré con los tripulantes de mi astronave. Necesito su colaboración y ya sabe que tras el último viaje de regreso dos de ellos no se han presentado.

»— Es un problema que hemos resuelto ya, capitán. Sus hombres le están esperando en la rampa de lanzamiento.

»—¿Debo así acompañarle ahora mismo, comandante?

»— ¡Ahora mismo, capitán!

»—Bien: dejaré un mensaje en el dictáfono a mi amigo Roy Landsbury diciéndole lo que hay.

»— Puede hacerlo, Langley... Pero dígale que va a Venus. Este viaje a «Amaltea XII» es supersecreto... Por ahora.

»—-Comprendo, comandante...

La cinta magnetofónica siguió girando en el pequeño aparato portátil que sostenía ante la pantalla del visófano Roy Landsbury, que terminó por paralizar su mecanismo, preguntando a la imagen de Peter Meredith reflejado en la pantalla:

— ¿Qué dice ahora, Meredith? ¿Sé o no sé qué usted envió al capitán Langley a «Amaltea XII»?

Desde el otro lado del visófono, el aludido respondió:

— Se ha servido de un truco viejo y vulgar, Landsbury, ¿Tenía ese magnetófono conectado y escondido en su despacho?

— Podría decirle que sí, pero es algo más complicado que usted ahora no entendería, comandante. Sólo quiero saber una cosa: ¿se decide o no a recibirme... «personalmente»?

La voz de Peter Meredith vibró más fuerte al ordenar:

— Sargento... Lleve al edificio 506 al señor Landsbury. Sitúenle en la plataforma 25 que le transportará hasta el ascensor 4-6-9. Allí le esperará la guardia interior y le conducirá hasta mí.

— A la orden, señor —acató el sargento.

Media hora después, Peter Meredith recibía al molesto visitante también con una larga bata blanca que parecía despedir destellos níveos, Roy Landsbury era hombre que nunca perdía el sentido del humor y comentó, al observar que sobre la variada gama de colores en el «Centro de Investigación Mundial» predominaba el blanco intenso:

— ¿Por qué aquí usan tanto el color blanco, comandante?

Peter Meredith no se movió de donde estaba ni ofreció su mano, pero dijo algo cortante:

— El blanco es signo de pureza.

Roy Landsbury sonrió con cierto cinismo.

— Creo que a usted le sentaría mejor el rojo... ¡Es color de sangre!

Estaban totalmente solos: las puertas metálicas acolchadas por dentro se habían cerrado automáticamente y alterado, saliendo de su aparente tranquilidad, Peter Meredith

preguntó:

—¿Por qué dice eso, Landsbury? Hemos hablado dos veces y en las dos ocasiones creo entender que sus palabras están, no sólo cuajadas de reproches, sino de veladas acusaciones. ¿No es así?

— Creo que ahora puedo acusarle de algo concreto, comandante. ¡Usted ha enviado al capitán Langley y a la tripulación de su astronave a una muerte cierta!

— ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

— ¡Les estorba! Podría comentar la misteriosa deserción de dos de sus hombres en su viaje de regreso desde «Clemens I», y eso... ¡no les conviene!

— Observo que habla usted en plural. ¿Se refiere también al señor McCoy?

— ¡Exacto! Me refiero a él y a los dos cuerpos que mostraron a las autoridades, haciéndoles pasar por los cadáveres desfigurados del profesor Joseph von Kreiper y el de su ayudante Joakim Lundy.

Peter Meredith esta vez soltó una sonora carcajada.

— ¡Pero eso es absurdo, señor Landsbury! Es presuponer varias cosas horribles del señor McCoy y de mí. Primero, que fue cierto que el profesor y su ayudante desaparecieron «misteriosamente» en «Clemens I», cuando en realidad tal cosa resulta de todo punto materialmente imposible: segundo, que el señor McCoy y yo estábamos interesados en mostrar los cuerpos del delito para acusar a ese loco de Donald Bundy; tercero, que suplantamos los cuerpos inexistentes de Von Kreiper y su ayudante, por los de los dos tripulantes de la astronave que han desertado... ¿No es así, señor Landsbury?

— Con franqueza, ésa es mi opinión.

— Y todo eso ¿por qué? ¿Con qué objeto un hombre como el señor McCoy se iba a enfangar en eso?

— Ustedes lo sabrán: muchas veces, los hombres más poderosos también tienen sus «problemas».

— Los problemas van a ser para usted si quiere llevar esas ridículas acusaciones ante un tribunal, señor Landsbury. No se lo aconsejo.

Hizo una breve pausa mientras encendía un aromático cigarrillo de las plantaciones oceánicas, a más de cinco mil metros de profundidad, recordándole al joven visitante tras la primera bocanada:

— Recuerde lo que le ocurrió a su pobre padre, Landsbury. Pleiteó con el señor McCoy y ¡perdió!

— Nunca lo olvidaré. Aquello fue uno de los escalones que subieron a la cumbre a Clemens W. McCoy.

— Resulta gracioso que, a un hombre como él, muchos le odien. Me explico que le envidien por su poder y privilegiada posición; pero odiar a un ser que emplea su fortuna para abrir nuevos horizontes a la Humanidad, la verdad, joven…

— Clemens W. McCoy lo hace todo por vanidad. Es lo bastante astuto para no sentarse en ninguno de los sillones gubernativos, pudiendo hacerlo. Sabe que eso sólo duraría hasta las próximas elecciones. Prefiere mantenerse siempre en la cumbre haciendo que el Gran Consejo Mundial le necesite.

— ¿Y usted pretende enfrentarse con un hombre que tiene ese poder?

— Yo sólo pretendo hacer prevalecer la justicia.

— ¡Gran palabra, joven! Pero ¿qué pruebas tiene contra el señor McCoy y contra mí? ¿No piensa que todos creerán que lo que le empuja es rencor por lo que pasó con su padre?

— Es posible que haya algo de rencor, comandante Meredith. De no haber hundido moral y materialmente a mi padre, hoy en día el mundo contaría con infalibles medios técnicos para implantar una rigurosa justicia en todo el

Universo.

— Oí hablar algo de las complicadas teorías de su padre, pero no las recuerdo bien. ¿Concretamente qué eran? ¿En qué se basaban?

— En algo que algún día será realidad.

Volvió a reinar nueva pausa entre los dos hombres y, paseando con las manos hundidas en los bolsillos de su bata blanca centelleante, Peter Meredith quiso concluir:

— Bien, Landsbury: ¿cuál es el motivo de su visita y qué es lo que pretende?

La respuesta fue totalmente desconcertante:

— Pretendo chantajearle a usted, comandante Meredith.

Peter Meredith quedó perplejo y miró fijamente al visitante. No acertaba a comprender a aquel hombre. Al fin optó por sonreír.

— ¿Un chantaje? ¿A mí? Y sobre ¿qué?

Roy Landsbury mostró el pequeño aparato en su mano, aclarando:

— En esta cinta magnetofónica está grabada la conversación que usted sostuvo en mi casa con el capitán Langley. Ante cualquier tribunal quedará demostrado que usted ordenó al jefe de esa astronave rozar la superficie de «Amaltea XII» con peligro de perder la vida él y toda la tripulación. Si no me equivoco, las últimas investigaciones de los astrofísicos Joseph von Kreiper y Joakim Lundy recomendaban no aterrizar sobre la superficie de ninguna de las doce lunas de Júpiter. Y me reafirmo en esta opinión al indicarle usted al capitán Langley que grabara en mi dictófano como mensaje de despedida que su viaje era hacia Venus, porque al menos «oficialmente» está programado así. ¿No es cierto, comandante Meredith?

— Tiene usted una fina intuición y deduce muy bien, señor

Landsbury. ¿Qué más?

— Que cuando se conozca la muerte del capitán Langley y toda su tripulación, usted podrá decir que fue enviado a Venus, y no a «Amaltea XII», sirviéndole también esta coartada para añadir que los dos copilotos que desertaron habían regresado a sus puestos y han muerto también por la fatal «equivocación» del capitán Langley.

— Siga, Landsbury, siga… ¡Me encanta comprobar lo bien que coordina su privilegiado cerebro!

Al decir esto, el comandante Peter Meredith sonreía muy seguro de sí mismo. Había sacado una de sus manos de los bolsillos de la bata blanca y empuñaba un arma extraña. Una especie de pistola pequeña cuyo cañón apuntaba directamente a Roy Landsbury.

El joven visitante retrocedió un paso, preguntando de forma mecánica:

— ¿Piensa matarme, comandante?

Peter Meredith seguía sonriendo ladinamente.

Hizo un leve movimiento con los hombros y musitó, muy bajo:

— Bueno, Roy… No es matarle precisamente lo que voy hacer.

Le apuntó al centro geométrico del cuerpo y sentenció, casi con un rugido:

— ¡Le voy a desintegrar!

Capítulo VII

Roy Landsbury leyó la muerte en las febriles pupilas de Peter Meredith, pero procuró ganar tiempo preguntando con curiosidad, como si la fatal sentencia no le interesara:

— ¿Es un arma atómica?

— Sí… Y le encantaría saber quién la inventó.

— Todo reo de muerte tiene derecho a una última petición. ¡Dígamelo!

— Está bien: quiero ser generoso… Joseph von Kreiper…

Roy Landsbury quedó muy extrañado, pero encontró ánimos para seguir preguntando:

— ¿El astrofísico asesinado?

— Diga más bien volatizado. ¡Desintegrado con su propio invento!

— ¡Vaya, vaya! La madeja se va desenredando. ¿Verdad?

— Para usted no puede estar más enredada, jovencito.

— Me refiero a que Joseph von Kreiper inventó esa arma, el señor McCoy se enteró y terminó con él. ¿No es así?

— Algo parecido, pero con una importante diferencia. Al señor McCoy le molestaba que ese loco astrofísico, en vez de emplear los millones que le asignaba para sus investigaciones, los emplease para conseguir estos peligrosos «juguetes».

— ¿Y hay mucho surtido de esos «juguetes» allá arriba, en «Clemens I»?

— Por fortuna éste es el único ejemplar. El señor McCoy venía sospechando algo y, cuando llegó a la estación espacial «Clemens I», logró quitárselo a Joseph von Kreiper de su gabinete. El alemán no pudo acusarle para no descubrirse, ya que el invento lo consiguió en el mayor secreto.

— Bueno: digamos que su fiel ayudante Joakim Lundy estaba en el «ajo». ¿No?

— Acertó una vez más, señor Landsbury. Veo que su mente sigue clara aún al borde de la muerte.

— Al borde de la desintegración, señor Meredith… Usted lo dijo así antes —rectificó Roy Landsbury, esforzándose por mantenerse tranquilo y burlón.

— ¿No le apena saber que no quedará ni un solo átomo de

su persona, querido Landsbury?

— Pues no, la verdad… Así me evito el servir de alimento a los gusanos. ¡Es más higiénico!

Se movió levemente y la mano armada de Peter Meredith le siguió en el desplazamiento. Roy sonrió antes de añadir:

— No tema: presento un blanco perfecto. Pero contésteme a otra pregunta. ¿Cómo pudo desintegrarlos a los dos delante de todos? Creo que el señor McCoy salía de la sala de reuniones seguido de Donald Bundy y todos los demás. ¿No fue así?

— Basta una sola fracción de segundo para desintegrar cualquier cuerpo que toquen los rayos ionizados de esta pistola, amigo mío. El señor McCoy los encontró en el pasillo número 110 de «Clemens I» y, antes que los otros doblaran la esquina, accionó el gatillo. Sólo pudieron oír un leve chasquido, como cuando se enciende un cigarrillo con un mechero.

— ¡Muy interesante! ¡Un arma perfecta para los asesinos! Dice que es la única y que está en buenas manos.

— No me alcanzan sus insultos ni sus ironías, señor Landsbury. Ha metido usted las narices en un avispero y me temo que no tengo otra solución.

— ¡Adelante entonces! —animó—. Pero me gustaría saber qué explicación dará usted a la guardia que habrá registrado debidamente mi entrada aquí. En un sitio tan perfecto como el «Centro de Investigación Mundial», las cosas supongo que se llevarán bien.

— Gracias por preocuparse por mí, señor Landsbury. Pero, en el nuevo cargo que el señor McCoy me ha dado, dispongo del suficiente poder para hacer y deshacer. Me bastará con decir que ha salido usted por otra puerta y en paz. ¡Todo arreglado!

— ¿Me deja seguir deduciendo, Meredith? ¿El nuevo cargo

se debe a algún «favor especial» que usted le hizo al señor McCoy?

— Algo así... Cuando alguien dijo en «Clemens I» que dejásemos de buscar los cuerpos de Joseph von Kreiper y su ayudante que no aparecían por ninguna parte, propuso que registráramos a todo el personal, buscando alguna posible arma secreta desintegradora, como única posible explicación de aquellas dos misteriosas desapariciones. Empecé a hacerlo así y...

— ¡Ya! No siga, Meredith... El señor McCoy tenía encima ese preciso «juguete».

— ¡Acertó una vez más, Landsbury!

— Entonces se convirtió en su aliado y, para que todo resultara más lógico, los dos juntos decidieron buscar a un culpable. ¿Por qué el buenazo de Donald Bundy?

— Era un inútil: el señor McCoy le puso al frente de la administración civil del «Clemens I», pero todos hacían de él lo que querían. ¿Cree que de no ser así Joseph von Kreiper habría podido dedicar grandes sumas a sus particulares «inventos» como éste?

— Por supuesto que ustedes piensan mantener siempre ese mutuo secreto. ¿No teme que el señor McCoy termine un día con usted?

— Hicimos un pacto muy inteligente, Landsbury. Yo le necesito a él para que me apoye con su gran influencia y sus millones, y él accedió a darme este arma. ¿Comprende?

— Bueno: no esté tan seguro, Meredith. Hay mil formas de matar a un hombre, sin necesidad de desintegrarle. Por ejemplo: de la misma forma con que ustedes mataron a los dos tripulantes de la astronave, que les sirvieron para acusar a Donald Bundy.

— Fue preciso hacerlo: descubrieron nuestra conversación durante el viaje.

El tema parecía agotado y por decir algo, por seguir viviendo, Roy Landsbury aún ironizó:

— ¿Sabe que yo también poseo un invento maravilloso?

Vio una chispita de interés brillar en las pupilas de Peter Meredith y, ansiando agarrarse a aquella tabla de salvación, continuó hablando con viveza:

— ¡Sí, comandante! ¡Es algo que transformará el mundo! ¡Algo que cambiará por completo el sentido de la vida! Mi padre ya trabajó en ello y...

— Su padre fue un pobre hombre fracasado, jovencito. Un simple técnico en cuestiones acústicas.

— ¡Pero me dejó una gran herencia!

— ¿Cuál?

— ¡El fruto de su trabajo!

— ¡Bobadas! De ser así, ya habría lanzado su invento.

— Me falta muy poco para conseguirlo de una forma total. ¡Absoluta! Por eso quería hacerle a usted un chantaje. Dinero para seguir mis investigaciones, a cambio de esta cinta magnetofónica y todo lo que sé de usted.

— Esa cinta quedará tan desintegrada como usted. ¡Me aburre esta conversación!

— No crea que es una conversación fugaz. ¡Está quedando registrada en las estrella sí ¡Como todos los sonidos que se emiten en el Universo!

— Veo que su mente empieza a fallar. El miedo de morir ya le hace desbarrar.

— No deliro, comandante Meredith. ¡Le estoy hablando de leyes inexorables del Universo! Deme la oportunidad de explicárselo y lo comprenderá.

— No soy un hombre de ciencia.

— Pero es un hombre de nuestra época. Tiene los conocimientos suficientes para interpretar cualquier teoría.

— Le he dicho que me aburre esta conversación, Landsbury. Lo siento, pero…

La mano armada con la extraña y pequeña pistola adquirió firmeza y apuntó al centro geométrico de Roy Landsbury, que empezó a comprender que todo sería inútil y que estaba cerca de su final. Sintió que un frío sudor bañaba su frente y que un movimiento nervioso, irreprimible, recorría su espina dorsal. Por un instante pensó en su padre, en Martha McCoy, en él mismo, en aquel hombre que tenía delante y luego, sin poderlo evitar, en lo que había visto.

Pero aún encontró fuerzas para gritar, tan desesperado como retador:

— ¡De acuerdo, asesino! ¡Hazme desaparecer! ¡Conviérteme en finas partículas de átomos si quieres! ¡Pero no podrás evitar que algún día mi muerte se lea en las estrellas! ¡Ellas y estas palabras te acusarán! ¡Dirán a todos que tú eres mi asesino!

— No quedará nada de ti, loco. ¿Quién osará acusarme?

— ¡El ruido! ¡Los sonidos! ¡Algo que nunca se pierde y que, aunque viaje durante una eternidad, vuelve a donde partió! Hemos hablado, hemos emitido sonidos que viajarán por el espacio, y aunque tengan que llegar a los rincones más infinitos del Cosmos, se conservarán y nuestras palabras podrán ser captadas. ¡Ése es mi invento y eso te acusará, Peter Meredith! ¡Eso!

Por un instante, Peter Meredith vaciló y su mano armada con la terrorífica pistola osciló una milésima de pulgada. Sus pupilas, sin querer, estaban fijas en las pupilas de aquel hombre, de aquel ser humano que al borde de la muerte, osaba aún anunciarle su propia sentencia.

— ¡Paparruchas! — se dijo.

Y su dedo empezó a accionar el gatillo…

Capítulo VIII

— No seas estúpido, Peter... Los cerebros privilegiados son tan necesarios como el aire, la luz o el agua. Y el de este hombre lo es.

— ¡Señor McCoy!

Roy Landsbury también se volvió hacia el multimillonario, que parecía haberse filtrado por una de las paredes metálicas, ricamente acolchadas en el interior de la estancia donde se encontraban. No era así y más sereno pudo apreciar que la ranura abierta en el tabique ahora terminaba de cerrarse, y su vista volvió a clavarse en el cañón del arma que ya no le apuntaba.

Nervioso, Peter Meredith se acercó al padre de Martha McCoy y señalando al joven informó:

— ¡Lo sabe todo! ¿Comprende usted, señor McCoy?

Con una sonrisa en sus labios, el multimillonario se encogió de hombros y, quitándole la pistola desintegradora de la mano, se limitó a comentar, tranquilo y hasta divertido:

— Y eso ¿qué, Peter? ¡No tiene la menor importancia!

— Pero es que... —aún protestó Peter Meredith.

— Tranquilízate y haz que nos sirvan un poco de café. Es tarde y a estas horas los tres deberíamos estar durmiendo. Pero sospecho que cada uno tiene sus motivos para estar aquí a estas horas. ¿Verdad, señor Landsbury?

— Los míos ya los conoce el comandante Meredith. Los de usted los ignoro.

— Pues en cierta forma están ligados a los suyos, Roy.

Clemens W. McCoy hizo una transición, se acomodó tras la mesa del gran despacho y antes de pulsar el visófono preguntó, amable:

— ¿Cómo quiere el café, Roy? ¿Muy cargado? ¿Y tú, Peter? ¿Con mucha azúcar como siempre?

La imagen de uno de los camareros del edificio 506 apareció en la pantalla y su voz se dejó oír:

— Diga, señor McCoy. ¿En qué puedo servirle?

— Trae café para tres, Abdullan…

— Ahora mismo, señor McCoy.

Roy Landsbury estaba contemplando la escena como en sueños. Había pasado de una situación extrema en la que le iba la vida, a otra corriente y natural en la que todo parecía anunciar cordialidad, finos modales y buenas maneras.

Incluso el poderoso multimillonario Clemens W. McCoy, tras desconectar el visófono, señalando la pantalla en donde había aparecido por un instante la imagen del camarero árabe, comentó:

— ¡Un buen muchacho! Se llama Abdulla. Siempre es conveniente retener los nombres de nuestros servidores. Eso les halaga y les hace más

serviciales y atentos. Cuando me dicen cómo se llama una persona, ya no me olvido nunca.

— ¿Tiene para todo tan buena memoria, señor McCoy?

La pregunta había partido con cierta intención y el Presidente del «Centro de Investigación Mundial» clavó en Roy sus vivaces ojos, sonriendo levemente.

— Sí, muchacho… ¡Tengo muy buena memoria! Mi cerebro es una máquina perfecta en la que todo queda registrado. Cada poro de la piel que cubre mi frente es un cajoncito donde voy archivando, por orden riguroso, todo lo que veo o me ocurre. Y un famoso dermatólogo me dijo que hay millones de poros en la piel de la frente… ¡Calcula tú!

Más extrañado todavía de sus comentarios y actitud, el joven osó preguntar:

— «Tú», señor McCoy?

— Sí, Roy... El tuteo es necesario entre los que van a ser parientes.

El más perplejo allí era Peter Meredith y por eso la pregunta ahora partió de él:

— ¿Parientes usted y él, señor McCoy?

— Bueno: la culpa es de mi hija. Parece ser que está enamorada de este joven. ¿No es cierto, Roy?

Roy Landsbury no estaba para bromas. Por otra parte, le molestaba mezclar el nombre de Martha en todo aquello. Bastante problema interno era para él saber que Clemens W. McCoy era el padre de la mujer amada. Por eso contestó a la directa pregunta de forma evasiva:

— No creo que tenga nada que ver Martha con todo esto. Si nos queremos o no, es una cuestión nuestra.

— Y mía, Roy... ¡Soy su padre!

— No me diga que ha venido aquí para hablarme de su hija.

— Fue ella la que vino a hablarme a mí, después de tu furtiva visita por la ventana esta noche. La pobre estaba intranquila, no podía dormir y bajó al despacho. Charlamos mucho. Yo ignoraba que se había enamorado durante mi viaje a «Clemens I». Luego surgió el comentario sobre el pequeño «tiroteo» que los dos sostuvimos en el jardín esta tarde, delante de los invitados.

El camarero pidió permiso para entrar con el café.

Clemens McCoy paladeó el café como si aquel acto fuera la cosa más importante de su vida. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza y continuó:

— En fin: que Martha se interesó por lo que había ocurrido en «Clemens I», por mis declaraciones a la prensa, por el capitán Langley y me dijo que, ya que estaba invitado en tu

casa durante sus días de vacaciones, te había prometido ir a verle y charlar con él. ¿No es así, Roy?

— Eso me dijo Maggie —confirmó el joven.

— Por favor, señor McCoy...

Aquel ruego nervioso venía de Peter Meredith que, oscilando entre la escena anterior con Roy Landsbury y la de ahora, estaba inquieto y no comprendía a dónde quería ir a parar aquel hombre extraño y caprichoso, voluble y locuaz, que no hacía mucho había desintegrado a dos hombres enviándolos al infierno.

— No te impacientes, querido Peter. Nuestro amigo debe saber por qué decidí ir a su casa para soltar una parrafada con él. Repito que no sabía nada del enamoramiento de mi hija y confieso que de momento me molestó. Pero luego...

La pausa se hizo lo suficiente prolongada para volver a soltar los nervios de Peter Meredith.

— Luego ¿qué, señor McCoy?

— Pues, que una vez en casa de este ingenioso joven, descubrí que me hicieron pensar, avivándome los recuerdos esos que os he dicho tengo tan bien archivados.

Esta vez fue Roy Landsbury el impaciente:

— ¿Estuvo usted fisgando en mi casa? Tengo dicho a la señora Anderson que no permita que...

— No culpes a esa pobre mujer, muchacho. Hace ya mucho tiempo que Clemens W. McCoy sabe cómo abrir todas las puertas y me sobra dinero para hacerlo. Una buena propina nunca sienta mal y la buena señora, en vista de que tú no estabas y yo era quien soy, me franqueó el castillo de tus secretos.

— ¡No tenía ningún derecho a entrar allí!

— Lo sé, Roy... Pero... ¡A tantas cosas no tiene el hombre derecho y las hace! Dejemos de discutir esas pequeñeces

ahora y vayamos a lo que importa.

Esta vez la interrupción de Peter Meredith fue algo más cortante y brusca, diciendo mientras señalaba a Roy Landsbury:

— Con franqueza, señor McCoy: a mí lo que más me importa es mi propia seguridad y este hombre ya sabe cosas que pueden comprometernos. Mientras él viva ni usted ni yo...

— Peter, cuando termine de hablar Roy Landsbury, se habrá convertido en nuestro socio y amigo.

— ¡Pero tiene una cinta magnetofónica que puede ser muy comprometedora para mí, sé se sabe que por orden suya envié al capitán Langley con su astronave a «Amaltea XII»!

— ¿Quieres callar y dejar de gimotear de una vez? ¡Soy yo el que está hablando y el que da las órdenes aquí! ¡Y nunca debes olvidar esto, Peter!

— Puede usted gritar y dar órdenes al comandante Meredith, señor McCoy. Pero no a mí. Y en cuanto a eso que ha dicho de que cuando termine de hablar seré su socio y amigo, permítame dudarlo.

—¿Aún te dura el rencor por lo de tu padre?

— Olvidado eso, aun quedaría lo que su cómplice ha confesado.

— ¿Te refieres a ese loco alemán de Joseph von Kreiper y su ayudante que soñaban con destruir el mundo? ¡Bien muertos están!

— Allá usted con su conciencia y los motivos que tuvo para hacerlo. Pero... ¿Qué me dice de los dos copilotos que hicieron pasar por ellos?

— El fin justifica los medios, muchacho. No podía salir a relucir un secreto así.

Y al decir esto su mano bien cuidada mostraba la pistola

desintegradora.

Pero Roy Landsbury no dejó de atacar:

— ¿Y del capitán Langley y su nueva tripulación? ¿Pueden asegurarme que volverán?

— No… No volverán.

— ¡Langley era mi amigo! ¿Puede comprender esto?

— Los amigos se sustituyen por otros. Cuando logres poner en práctica tu invento, toda la Humanidad entera será tu amiga, Roy Landsbury.

Roy quedó como paralizado, mirando fijamente a aquel hombre frío y calculador.

— ¿Qué sabe usted de mi invento? ¿Qué estuvo haciendo en mi casa? ¿Cree que por llamarse Clemens W. McCoy tiene derecho a todo? ¿Se siente el dueño del mundo?

— Posiblemente algún día lo seré. Pero ahora vayamos a lo que interesa. En tu casa estuve recordando: antes de aquel pleito, tuve muchas charlas con tu padre y me habló de lo que constituía su dominante obsesión. Yo entonces no le comprendía, la ciencia no estaba tan adelantada y la técnica empezaba a salir del caos en que la Tercera Guerra Mundial sumió al mundo. Me habló de las ondas sonoras, del poder del sonido, de las leyes inalterables que sigue toda vibración lanzada al éter. Incluso me dibujó unos gráficos para que le entendiera mejor y me decidiera a financiar sus investigaciones. Yo tenía otros problemas y deseché sus ideas, por aquellas fechas estaba muy ocupado en la construcción de las primeras astronaves que tenían que posarse en Marte. Luego…

— Sí… Pleitearon porque usted se quedó con la patente de las comunicaciones interplanetarias que mi padre ideó y perfeccionó.

Clemens W. McCoy, sumido en sus propias ideas, no hizo

caso a esta observación y continuó:

— ...Pero, cuando hoy volví a estar ante aquel extraño artefacto de tu padre, ya más maduro en ideas y con más medios, he pensado que...

Se volvió hacia el joven con movimiento vivaz:

— ¿Empiezas a comprender, Roy?

— Perfectamente, señor McCoy. Y le repito lo mismo... ¡Yo elijo a mis socios!

— No, Roy, te equivocas. Soy yo siempre el que elige y por eso me interesas. Cuando quieras firmaremos el contrato.

— ¿Y si me niego?

— Peor para ti.

Clemens W. McCoy cruzó una mirada de inteligencia con Peter Meredith y el comandante sonrió. Roy Landsbury observó cómo su mano se acercaba a la pistola desintegradora que había sobre la mesa, junto al antebrazo del multimillonario, y comprendió perfectamente.

— ¿Son ésos siempre sus argumentos, señor McCoy? —preguntó—. Está muy seguro de su poder, ¿verdad?

— ¡Totalmente!

— ¿No teme que algún día pueda decir todo lo que ya sé de ustedes dos?

— Y ¿quién te creería? ¿Qué pruebas tienes?

Peter Meredith recordó:

— Tiene esa cinta magnetofónica, señor McCoy.

— Nos la dará ahora mismo, ¿verdad, Roy?

Y como viera que Roy Landsbury reculaba dos pasos, llevando la mano derecha a su bolsillo, empuñando él mismo la pistola desintegradora, Clemens W. McCoy añadió:

— ¿O prefieres desaparecer con ella?

Si de algo estaba seguro Roy Landsbury era de que aquel hombre, el padre de Martha, su querida y amada Maggie, era capaz de disparar aquellos malditos rayos desintegradores y hacerle desaparecer. Incluso le creía más capaz que al propio Peter Meredith, pese a que con él también había pasado lo suyo.

Decididamente aquél no era su día. No podía elegir y admitió:

— De acuerdo, señor McCoy... ¡Suyo es el primer «round»!

— El primero y el último, Roy. ¡Me gusta ganar siempre!

Luego su voz volvió a sonar, pero cargada ahora de amenaza, mientras no dejaba de empuñar la pequeña pistola cuyo poder destructivo nadie era capaz de imaginar.

— ¡Esa cinta, Roy! ¡Lánzala al aire!

Roy Landsbury obedeció y lanzó al aire el pequeño aparato, como si fuera un pájaro al que iban a cazar.

Así lo hizo Clemens W. McCoy al accionar el gatillo con prontitud y lanzar aquellos invisibles rayos ionizados, que tenían la virtud de desintegrar el objeto contra el que chocaban.

Su puntería no falló y el pequeño magnetófono, como por diabólico arte de magia, desapareció en el aire cuando ya empezaba a describir la curva, bajando hacia el suelo alfombrado.

Roy Landsbury parpadeó nervioso e incrédulo. De todo aquello, sólo podía explicar una cosa: que había oído un débil chasquido, como cuando se prende fuego a la punta de un frágil cigarrillo con un encendedor.

¡Nada más que eso!

Capítulo IX

Martha McCoy se enteró por su doncella, y a ésta se lo dijo el chófer del general Leonard Starling. El general estaba encargado de la guardia en la Sección B, puerta número 780, de la gran muralla que rodeaban los 560.000 kilómetros cuadrados donde estaban instalados todos los edificios del «Centro de Investigación Mundial», dirigidos y presididos por el poderoso Clemens W. McCoy.

La muchacha no dio crédito a la información de momento, pero, cuando ésta fue ampliada por otros conductos, ya no dudó más y, mientras cenaban, una noche le dijo a su padre:

— Mañana quiero ver a Roy, papá...

— ¿Cómo?... ¿A Roy Landsbury?

— Sí: te lo digo para que vayas preparándome un pase para entrar en tu «reino» y que me dejen llegar hasta el Laboratorio 16 de Acústica.

Dijo lo de «reino» con marcado rintintín, refiriéndose a los poderes absolutos y casi dictatoriales que Clemens W. McCoy tenía sobre todo el inmenso territorio que ocupaba en el Sahara el «Centro de Investigación Mundial».

El multimillonario sonrió y mientras saboreaba el postre comentó:

— Estás equivocada, hija. Ese muchacho no está aquí. Creo que le destinaron a... ¡No sé, Martha! No consigo acordarme.

— No te esfuerces, papá. Tengo mi servicio de información, igual que tú. ¡Y aún podría decirte más!

— ¿Por ejemplo...?

— Que le estás obligando a trabajar en uno de tus fantásticos proyectos.

— ¡Ah, no, hija! ¡Yo no le estoy obligando a nada!

— ¿Admites entonces que le tienes preso allí?

— ¡Alto ahí, Martha! Roy Landsbury firmó un contrato conmigo y lo está cumpliendo. ¡Eso es todo!

— ¿Qué clase de contrato, papá?

— Siempre ha soñado con continuar las investigaciones de su padre y llevar a la práctica unas fantásticas ideas que aquel viejo cascarrabias tenía. Pues bien: nos hemos puesto al fin de acuerdo y yo he conseguido que el «Centro de Investigaciones Mundiales» financie todos los gastos para materializar sus ideas.

— ¿Y en ese contrato se estipula que Roy no pueda salir para nada de allí?

— Al menos, por una temporada así es, hijita.

La muchacha hizo un mohín de disgusto y Clemens W. McCoy, capaz de afrontar los mayores problemas y responsabilidades, hombre endurecido por la vida que llevaba y cuyas pupilas se habían abismado en los mundos siderales, acostumbrado a ver la vida desde todos los ángulos y cuyo pulso no temblaba cuando firmaba una orden que podía significar la muerte para varios hombres, al emprender una expedición interplanetaria, se acongojó ante su hija como siempre le pasaba cuando la veía disgustada,

— Tienes que comprenderlo, hijita. Roy está enfrascado en unas investigaciones muy importantes, cuyo secreto debe guardarse celosamente, y normalmente la regla es que todos los científicos dedicados a labores vitales vivan y no salgan del perímetro del «C.I.M.».

Quiso tranquilizar más a su hija y añadió cosas que ella ya sabía:

— En el «Centro de Investigación Mundial» hay de todo, pequeña mía. Es como una gran ciudad... ¡Qué digo como una gran ciudad! ¡Es como una gran nación entera! Nada les falta allí, hacen una vida normal y muchos nacen y mueren allí

dentro. Y si me permites emplear un símil un poco literario, te diré que todos esos hombres y mujeres son como las afanosas abejas que trabajan y laboran para el resto del género humano, a fin de que la vida se vaya haciendo mejor, más grata a todos, más fácil, más feliz y descansada... ¡Más digna de la raza humana!

— Hoy estás muy poético, papá

— Es que precisamente me han comunicado del Laboratorio que dirige Roy Landsbury que está haciendo progresos a pasos agigantados. ¡Ya verás! ¡Ya verás! Cuando termine, empleando una de sus expresiones, la vida cambiará de signo y ya no serán posibles las injusticias.

Martha McCoy miró a su padre entre divertida y extrañada.

— Y ¿qué tiene que ver la acústica, la ciencia del sonido, con la justicia o las injusticias, papá? ¡Por favor!

— ¡Ah! No me crees, ¿verdad? Pues cuando te lo explique Roy estoy seguro que lo comprenderás. El mozo tiene una imaginación portentosa y a veces da la sensación de que su mente es como un fino estilete que penetra a través del tiempo y la distancia, captando cosas que a los demás mortales se nos escapan.

Se levantó al ver que su hija daba la cena por terminada, añadiendo mientras olisqueaba un fino habano:

— Claro que cuando Roy pueda explicarte sus teorías habrá pasado mucho tiempo. Las cosas importantes no se logran así como así. Pasaron millones y millones de años hasta que los hombres se decidieron a ser sedentarios y labrar la tierra. Miles y miles, hasta que consiguió volar en ridículos aeroplanos, centenares y centenares hasta que lanzó sus primeros satélites artificiales al espacio, y más de noventa hasta que, conseguido eso, ha logrado poner las plantas de los pies en otros planetas.

— No tengo tanta paciencia, papá. ¡Yo no esperaré tanto

para hablar con Roy

— Pero, hijita…

— Nada, papá: me explique o no sus «fantásticas» teorías que nada me importan, ¡yo le veré mañana mismo!

— ¡Imposible! —empezó a decir Clemens W. McCoy, alarmado.

— ¡La palabra imposible no existe para un McCoy, papá! ¡Tú me lo has enseñado!

— ¿Quieres decir que tú…, tú…?

— Sí, papá: me quedaré a vivir dentro de esas murallas «sagradas» de la ciencia. ¿No viven miles y miles de mujeres dentro del «Centro de Investigación Mundial»? Pues tu hija será una de ellas. Allí amaré, tendré hijos y cuidaré a Roy. También encontraré una tarea científica para mí.

Clemens W. McCoy estaba boquiabierto y perplejo. No acertaba a comprender aquel fracaso de su vida. Primero perdió a su esposa…

Y ahora su hija Martha le abandonaba. ¡Le dejaba solo!

Solo con sus millones, con su poder, con su insaciable sed de grandeza y de mando. Solo con los proyectos que a fuerza de órdenes y dinero, aunque con ideas fecundas de los demás, él, Clemens W. McCoy, llevaba a la realidad.

Aquel hombre se sintió como un niño desvalido e imploró:

— No, hija mía! ¡No, Martha! ¡No puedes dejarme solo!

— No quedas solo, papá. Tienes tu vida llena de proyectos y ambiciones. A mí, confiesa que apenas me ves. Cuando estás aquí, en la Tierra, tienes tus reuniones importantes, tus banquetes, tus conferencias y tus rápidos viajes. Hoy aquí, mañana en Washington, al otro en Moscú, a las dos horas en tus instalaciones de la Antártida… Y cuando tienes que ir a Venus, a Mercurio, a ese «Clemens I» que ya adorna el cielo consagrando tu nombre para envidia de las estrellas…

¿Llamas a eso estar solo?

Clemens W. McCoy arrojó el cigarro habano sobre la mesa construida toda ella de iridio, metal casi tan pesado como el oro que había sido encontrado en rara abundancia en las montañas de

Marte. Se sentía fracasado en su vida particular y como un eco siguió escuchando a su hija:

— ¡Yo sí estoy sola, papá! Pero quiero realizarme como mujer. ¿Sabes? Desde que conocí a Roy he sentido estos deseos y ya nada podrá arrancarlos de mí. Los hombres y las mujeres somos esencialmente siempre los mismos, papá. No importa que la ciencia nos deslumbre con sus logros ni que la técnica ponga al alcance de nuestras manos otros mundos. Aquí y allá, en la Tierra o en Júpiter, en una humilde choza o en un palacio, el amor siempre deberá existir. ¡Y ay de nosotros si no es así! Yo tengo miedo, un miedo inmenso, de convertirme en una cifra, en un guarismo que indique que sólo existo para el censo de la población. A mí me han dicho que hace años, muchos años, por el mundo circulaban más ideas que coches y había más espíritu que dinero. Cierto que hace cien años, en 1955, se tardaban seis largas horas de volar desde Nueva York a París. Pero ¿qué importancia tenía eso?

— Martha, hija mía. ¿Te falta algo?

— Sí, padre... ¡Me falta amor!

— Sé que estás enamorada de Roy, pero no puedo... ¡No puedo sacarle de allí!

— ¡Sí, claro! Vas a decirme que el mundo le necesita, que es un cerebro privilegiado, que sus ideas fecundas reportarán, en su día, un bien a toda la Humanidad. Son palabras muy hermosas, papá. ¡Muy hermosas, pero solamente aparentemente ciertas! El hombre juega a aprendiz de brujo y mientras descorre los velos sagrados de Naturaleza, olvida sus funciones específicas.

— Las funciones de Roy son trabajar para los demás. ¡No tiene derecho a disponer de su vida particular!

— No sé si he leído mal la Constitución, papá; pero los derechos de un solo hombre es lo más importante. ¿No es así?

— ¡Argucias legalistas, hija! Roy puede elegir cualquier mujer que viva allí y tú cualquier hombre que viva aquí. El comandante Peter Meredith es de los pocos que puede entrar y salir y sé que está muy interesado por ti. ¿Por qué no le haces caso?

— No se manda en el corazón, papá. No es uno de tus «robots», a quienes se pueden dictar órdenes.

Molesto, Clemens W. McCoy terminó por encender otro habano y dijo:

— Ya hemos hablado demasiado de esto, Martha. Deberías comprender que tengo poderosas razones, particulares razones si quieres, para no sacar a Roy Landsbury de donde está.

Capítulo X

Vidrio y acero. Plástico transparente resistente al fuego, formando gigantescas montañas de altos edificios. Plataformas que giraban haciendo que las casas y las ventanas siguieran la ruta del Sol. Calles movibles como cintas sin fin, sobre las que los transeúntes podían trasladarse. Ascensores silenciosos que subían hasta dos mil metros a la altura, o que descendían a las entrañas de la Tierra vomitando miles de empleados a los más secretos laboratorios.

Esto era el interior del «Centro de Investigación Mundial» en donde, como su mismo Presidente había dicho, cinco millones de seres humanos se afanaban cual laboriosas abejas para que, fuera, siete mil millones más alcanzaran a disfrutar cada día un grado más de «civilización».

Todo pulcro, todo limpio, todo ultramoderno.

Y, por supuesto, todo racionalizado, sometido a la omnipotencia de la razón humana, que incluso delegaba sus funciones a los cerebros electrónicos, que eran realmente los que daban órdenes allí.

Cada cosa estaba en su sitio y todo en orden. Cada minuto controlado. Cada acción, previamente programada. En el «Centro de Investigación Mundial» nada se improvisaba sobre la marcha y los seres humanos que vivían allí, lo mismo que las máquinas, nunca tomaban una decisión que antes no hubiera sido aprobada por la computadora electrónica.

Cifras. Números. Guarismos. Ecuaciones… Y al final, a atenerse al resultado.

Sin protestar. Sin modificar nada por cuenta propia.

Roy Landsbury era de los que no estaba de acuerdo con todo aquello. Aquel ambiente rígido y metodizado le ahogaba. Él era un soñador, un poeta. Cuando los otros

científicos se burlaban de los resultados poco prácticos de sus investigaciones, solía contestar con mucho aplomo:

— Al menos hay que soñar con cosas grandes, para no quedarse pequeño.

Pero ¿cuáles eran los sueños de Roy Landsbury?

Un día se los comunicó a Martha McCoy, su esposa al mes y medio de haber llegado allí, ansiosa de compartir su vida y sus inquietudes. Él la recibió como un rayo de luz en una mazmorra sombría, y desde entonces volvió a ser el mismo hombre dinámico y entusiasta que siempre había sido.

Nada le dijo de lo que sabía de su padre y del comandante Peter Meredith. ¿Para qué? No podía acusarles: no tenía ninguna prueba material contra ellos y ambos eran mucho más poderosos que él mismo.

Al fin y al cabo, fuera de las inmensas murallas metálicas que rodeaban el grandioso perímetro del «Centro de Investigación Mundial», nada importante había dejado, ahora que su amiga Maggie estaba allí con él.

En cambio, allí estaba ella y los medios para la posible realización de los sueños que también había compartido su padre. Y, precisamente, Clemens W. McCoy le había facilitado esos medios.

Las teorías de Roy Landsbury resultaban bastante confusas y complicadas para un profano en la materia, por eso procuró explicárselas a su esposa de la manera más sencilla y elemental, empezando por decir:

— Ya sabes que, aun cuando se acepte como sonido tanto el medio mecánico que lo ocasiona como su apreciación por el oído, físicamente considerado es un movimiento vibratorio originado en un cuerpo, que se transmite a través de medios materiales elásticos y que, al llegar a nuestros oídos, nos produce la sensación fisiológica del sonido. Al entrar un objeto de vibración, pone en movimiento el aire que lo

circunda, creando así unas zonas de presión llamadas «ondas sonoras».

— Sigue, Roy. Hasta ahora te comprendo bien — dijo Martha.

— Las «ondas sonoras» se propagan en el aire de una forma parecida a como lo hace la serie de anillos concéntricos que se forma en la superficie de un estanque de aguas quietas cuando a él se arroja una piedra.

— Eso podemos comprobarlo todos, Roy.

— Así es, cariño. Pero lo que muy pocos pueden comprobar es que, si lanzas esa piedra al Océano, las ondas concéntricas llegarán, salvando todas las dificultades, a la más apartada orilla opuesta, para volver a ésta de aquí y retomar, en un movimiento sin fin que, no por menos perceptible, es menos real.

— ¿Y eso mismo ocurre en el aire, en el espacio, cuando se produce un sonido?

— ¡Exactamente igual! Las ondas sonoras son también esféricas, se propagan siempre al mismo ritmo o frecuencia que la vibración que las originó, excepto en aquellos casos en que el órgano productor del sonido esté en movimiento, perdiendo sólo amplitud o intensidad en relación al cuadrado de la distancia.

— Sigue, amor mío.

— Todos los materiales elásticos, como son la mayoría de los metales, la madera, el aire, el agua, transmiten las ondas sonoras a velocidades generalmente superiores a la de la atmósfera. Concretamente, en el aire, la velocidad de propagación es de 331,8 m por segundo a la temperatura de 0' C., aumentando aproximadamente en 0,60 por grado de aumento.

— ¿Y no influye mucho en la propagación del sonido las condiciones climatológicas, velocidad del viento, humedad

ambiente y presión atmosférica?

— Por supuesto, cariño. Pero todo eso son datos a tenerse en cuenta en la especialización, cuando deseamos «recuperar» un sonido que sabemos ha sido lanzado en tal sitio, tal hora y en tales o cuales circunstancias.

— Un momento, Roy: ¿quieres decir que lo que tú y yo hablamos ahora, las vibraciones que producen nuestras voces, podrías captarlas, «recuperarlas» has dicho, dentro de una hora?

— ¡Naturalmente, Martha! Y no dentro de una hora, sino dentro de diez mil años si para ello disponemos de los medios precisos.

La mujer quedó algo perpleja, y Roy Landsbury amplió:

— Observa que tenemos los datos más precisos: en primer lugar, el sonido que produce las vibraciones convertidas en «ondas sonoras» que sabemos a la velocidad que viajan en su medio normal. En segundo, el sitio y la hora exacta en que fueron lanzadas al aire o al espacio, si quieres decirlo así. Luego, con lanzarnos en su búsqueda con un magnetófono ultramoderno provisto de un osciloscopio también ultrasensible, el problema es explorar la zona donde sabemos que «están». En este caso, en esta habitación.

— ¿Y no pueden salir fuera, perderse, para siempre?

— Salir pueden, Martha. Perderse para siempre no, si el hombre tiene los medios técnicos para ir detrás de esas «ondas sonoras». Hasta ahora ha sido así y el hombre ha dejado perderse en el espacio esa inmensa riqueza que son los sonidos, concretamente las palabras que pronunciaron, por ejemplo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Jesucristo... En fin... ¡Todo!... ¡Todo lo que se ha hablado y dicho en el mundo!

— ¡Oh, Roy! ¡Eso sería maravilloso, cariño! — palmoteo la mujer.

— Pues lo tenemos al alcance de nuestras manos, Martha.

¿No disponemos ya de astronaves que surcan los espacios siderales hundiéndose a velocidades de vértigo en el negro infinito del Universo? ¿Qué nos impide dotarlas de antenas osciloscópicas ultrasensibles, capaces de captar todos los sonidos que «viajan» en las ondas sonoras, revotando de aquí para allá o siempre extendiéndose, extendiéndose como los círculos concéntricos de un estanque cuando lanzamos una piedra en sus aguas?

— Pero captarían todos los sonidos, Roy, todos los ruidos, ¿no?

— Por supuesto, amor mío. Pero es labor de niños hoy en día seleccionar los sonidos. Grabar y reproducir los sonidos es una ciencia muy adelantada desde que Edison inventó su fonógrafo en 1876. Han pasado desde entonces nada menos que 179 años y nuestras grabadoras hoy en día son magníficas. Filtros convenientemente dispuestos desecharían todos los sonidos que no fueran la voz humana, con amplificadores bien dispuestos para devolverla todos sus matices y entonaciones. Los hertzios...

La mujer le interrumpió con un gesto de sus manos.

— Un momento, Roy. ¿Qué has dicho?

— Los hertzios, Martha. Un hertzio es la unidad de frecuencia equivalente a una vibración o ciclo por segundo. La gama de frecuencias audibles para el género humano comprende desde los 16 hasta los 30.000 ciclos por segundo. Hoy sabemos que el oído no tiene la misma capacidad de audición para todas las frecuencias, siendo su sensibilidad mayor en el rango comprendido entre los 400 y 3.500 ciclos por segundo.

— ¿Y tú crees que podríamos oír a Renata Tebaldi, por ejemplo, cuando cantaba ópera en la Scala de Milán hace cien años?

— ¿Por qué no? Con toda la riqueza de sus matices y su bonita voz, amor mío. Para ello me bastaría saber el lugar y la

hora exacta donde actuó, conocer las condiciones climatológicas de aquel día o aquella noche, agrupar otros importantes datos, someterlos a una previa selección, saber con exactitud los años, los días, las horas, los minutos y los segundos que han pasado desde entonces y lanzarme, en la más aproximada dirección donde las «ondas sonoras» se extendieron, para captarlas entre los otros muchos sonidos que concurrieran en aquellos instantes y en el mismo lugar, para que los filtros seleccionaran debidamente el trozo de ópera que cantaba y aplaudieron nuestros antepasados.

— ¡Pero eso es asombroso, Roy!

— Lo es, Martha. Figúrate lo que significaría tener en cintas magnetofónicas perfectamente seleccionadas por épocas, materias, disciplinas y hechos, no todo lo que han hablado los hombres más sabios de todas las generaciones pasadas, sino cada una y todas las palabras que el género humano ha pronunciado desde que existe. Esas cintas serán nuestros libros del futuro y la inmensa «Biblioteca» nos revelará los secretos más íntimos, por ejemplo, de un Séneca cuando hablaba con sus íntimos; de un poeta como Goethe; de un escritor como Dostoievski; de un músico como Beethoven; de un pintor como Goya; de un político como Churchill o de un físico como Einstein...

— ¡Maravilloso, Roy! — exclamó llena de entusiasmo la mujer.

— Sí, Martha; será maravilloso porque ante todos esos testimonios de primera mano, muchos equívocos y errores históricos serán aclarados. Muchas mentiras dejarán de serlo, muchas falsedades ahora encubiertas saldrán a la luz, y la verdad y la justicia resplandecerán como nunca han brillado.

— ¿Te refieres a los engaños, a las conversaciones secretas de grandes personajes, a las confabulaciones sostenidas en el mayor secreto entre varios?

— A todo eso me refiero y a mucho más, Martha. El día en

que escuadrillas de astronaves surquen el espacio sin límite captando con sus antenas ultrasensibles los rincones más apartados del Universo para «recuperar» los sonidos, cuando regresen a la Tierra y en los laboratorios se haga la selección, sabremos que, por ejemplo, tu poderoso padre ha dicho y ha hecho cosas poco recomendables que él creía siempre serían ignoradas por los otros.

Martha McCoy miró a su esposo dubitativamente. Hasta aquel instante había compartido el vivo entusiasmo de Roy Landsbury, pero un temor la asaltó:

— ¿Crees… crees que papá tiene grandes secretos que ocultar, Roy?

— No sé, Martha… Todos los hombres tenemos secretos. Yo mismo, el día que puedan ser captadas en el espacio todas las palabras que he pronunciado y sean sometidas a un estudio…

Vaciló recordando la conversación sostenida en el edificio número 506 cierta noche con el comandante Peter Meredith y el señor Clemens W. McCoy. Pero apartó aquellos pensamientos, deseando dar otro giro a la conversación:

— Cuando mi invento se realice, si no queremos destrozar muchas reputaciones y entrar en posesión de tenebrosos secretos, deberemos ir con mucho cuidado al seguir la pista a todo lo que haya podido hablar tal o cual persona. Sólo los altos puestos directivos podrán tener acceso a estas confidenciales grabaciones magnetofónicas captadas en el espacio, Martha. De otra forma… ¡Se formaría un estupendo caos!

— Todos los inventos tienen su cara y su cruz, Roy. Y adivino que el tuyo traerá muchas satisfacciones, pero también muchos problemas.

— No podemos negar el progreso, Martha. Al fin y al cabo, todo aquello que nos acerque al conocimiento de la verdad, resulta moral y por lo tanto recomendable.

— La verdad absoluta nos asusta, Roy.

— Tiempo llegará en que no será así.

— ¿Crees que servirá para una autoeducación de las personas?

— Cuando tengan la certeza de que todo lo que hablen o digan, aun en el mayor secreto, puede ser captado, se harán más puras. En un proceso ascendente, se empezará por medir las palabras de las que se derivan normalmente los hechos y las acciones. La conducta de todo el género humano se irá modificando, Martha, y día llegará en que cualquiera de los hombres y las mujeres se mostrarán a los demás tal y como en un principio fueron. Esto es; como imagen y semejanza de Dios.

— Sólo les quedará entonces sus pensamientos, Roy. ¿Se llegará algún día también a poder bucear ahí?

— ¿Por qué no? Y no debes decirlo con temor. Puedo ponerte un ejemplo muy simple, cariño: con respecto a ti, no me molestaría en absoluto que ahora mismo, y siempre, tú poseyeras el poder de bucear dentro de mi pensamiento.

Martha McCoy corrió hacia su esposo y le abrazó con calor.

— ¡Eres encantador, amor mío! ¡Por eso te adoro tanto!

— Yo también a ti, Martha. Y cuando todos se quieran como tú y yo, cuando el género humano viva en perfecta armonía, ¿qué miedo pueden tener de que unos a otros sepan todo lo que han hablado y conozcan hasta sus más íntimos pensamientos?

— Tienes razón, Roy. ¡Siempre tienes razón! Papá dice que eres un cerebro privilegiado que captas cosas que normalmente a los demás se les escapan.

Roy Landsbury dejó de besar a su mujer para mirarla fijamente, preguntando:

— ¿Eso dice tu padre de mí?

— Sí, Roy. Te aprecia en lo que vales.

Pero Martha McCoy estaba equivocada.

Capítulo XI

Clemens W. McCoy dejó de leer el último informe de Roy Landsbury, obsequió a Peter Meredith con la mejor de sus sonrisas y comentó:

— Estupendo, Peter: y tú fuiste tan estúpido que intentaste desintegrar a este hombre.

— Sigo deseándolo, señor McCoy. Hay algo que nunca podré perdonarle. ¡Ni a él, ni a usted!

Clemens W. McCoy ahora sonrió más abiertamente:

— Lo dices por lo de Martha, ¿verdad? ¿Qué podía hacer, si mi hija se empeñó en casarse con ese gran genio?

— Usted sabía perfectamente que yo estaba enamorado de Martha.

— Pero ella de ti no, Peter. Y te repito que no pude evitarlo. ¡Nunca he sabido negarle nada a mi hija!

Le entregó los informes e invitó, con viveza:

— Lee, Peter. Roy Landsbury nos comunica que lo ha conseguido. Los últimos experimentos han dado resultado. Ya podemos fabricar en serie sus misteriosos aparatitos para captar en el espacio todo lo que el género humano ha hablado, desde su creación.

Peter Meredith también sonrió, con cinismo.

— ¿Sabe lo que eso puede significar, señor McCoy?

— Perfectamente, Peter.

— ¿Y no tiene miedo?

— ¿Por qué? ¡No seas majadero, hombre! Tú y yo, nosotros seremos los que controlaremos todos los resultados. ¿Comprendes?

— De todas formas no me gusta. Podría filtrarse algo... Llegar a saberse todo lo que hablamos usted y yo con respecto al profesor Joseph von Kreiper y su ayudante y...

— Siempre serás un conejo, Peter. Tienes la mentalidad de un cabo primera, aunque ahora luzcas los galones de general.

— Usted me los dio, señor McCoy — replicó muy ofendido el aludido.

— A veces pienso que cometí una gran equivocación.

— ¡Yo le ayudé! Pude descubrirle en «Clemens I» y no lo hice. Me bastaba con decir que al registrarle le encontré encima la...

— ¡Calla, majadero, calla! ¿Sabes por qué no lo hiciste?

No obtuvo respuesta. En cierta forma, Peter Meredith siempre había temido a la fina agudeza de aquel hombre poderoso.

— No lo hiciste porque pensaste en ti. Te dijiste: «¡Ya tengo a Clemens W. McCoy en mis manos y ahora él me elevará a la cumbre!» ¡Siempre fuiste muy ambicioso, querido Peter!

— ¿Y usted? ¿No es ambición desear poseer en exclusiva los más importantes inventos de nuestra civilización? ¿Quién se cree que es, un dios?

—, Algún día llegaré a serlo, Peter. ¡No lo dudes!

Con mudo gesto insistió en que Peter Meredith leyera los papeles que le había ofrecido minutos antes dejándolos en la esquina de la mesa de despacho, terminando por decir:

— Mi querido yerno acaba de poner en mis manos otra de las palancas para dominar al mundo. ¡Lee, hombre, lee!

Peter Meredith leyó los informes y durante unos minutos reinó el silencio en el monumental despacho particular de Clemens W. McCoy. Volvió a dejarlos sobre la mesa y preguntó, receloso:

— ¿Y dice que piensa ordenar que fabriquen estos aparatos en serie?

— Eso dije, pero no lo haré.

— ¿Entonces?... ¿Por qué impidió que destruyera a ese hombre? ¿Por qué le dio las facilidades para que realizara su proyecto?

— Porque quería tener uno de esos aparatos.

— ¿Uno sólo?

— Sí. Con uno nos bastará para lo que yo deseo.

— Las ondas sonoras que están viajando por el espacio son muchísimas, señor McCoy. ¿Cómo vamos a poder captar todas las palabras pronunciadas por el género humano desde su creación, con uno de esos aparatos?

— ¿Y quién te ha dicho a ti que a mí me interesa lo que habló el más grande de los sabios y las palabras que pronunció en el mayor secreto el Presidente Kennedy, míster Harold Wilson o el general De Gaulle, antes de que empezara el cataclismo de la Tercera Guerra Mundial?

—¿Entonces?

— A nosotros, a ti y a mí, lo que nos interesa es saber qué están tramando y lo que hablan entre sí ahora los gobernantes que hemos puesto en Venus, Mercurio, Marte o los que mueven las palancas más importantes de nuestro Gobierno Mundial. Con saber eso es tenerlos en nuestros puños; y además, la tarea de la única nave espacial que lleve instalado ese aparato inventado por mi querido yerno Roy Landsbury, será mucho más fácil y sencilla.

Hizo una pausa y levantándose explicó con mayor entusiasmo:

— Según las teorías de Roy Landsbury, para captar por ejemplo lo que habló en la intimidad de su despacho Stalin, las computadoras electrónicas tendrían que hacer la laboriosa

operación de decimos la fecha exacta de tal o cual reunión sacada por los libros de historia, fijando además, el día, la hora y los minutos exactos. Bien; eso es muy fácil en nuestros días por los medios técnicos que contamos: pero luego, teniendo en cuenta que las ondas sonoras viajan a una velocidad de 331,8 m por segundo, con el tiempo que ha pasado… ¡Calcula tú hasta dónde tendría que remontarse la astronave para captar en su antena esas ondas sonoras!

— Tampoco es problema eso, señor McCoy. Un simple cálculo nos dice que nuestras astronaves pueden llegar mucho más lejos. Plutón está en los confines de nuestro Sistema Solar y hemos llegado hasta allí. Por muchos segundos que hayan pasado no llegan ni a la mitad de esa distancia cuando por ejemplo habló…

— ¿Y para qué tanta molestia? — le atajó el ambicioso multimillonario —. Te digo que nos importa un rábano el pasado. ¿Qué diantre vamos a sacar al saber, si aquel Oswald que, nos dice la Historia, asesinó al Presidente Kennedy fue o no culpable?

— Bien…

— Sin embargo, ¿a qué te interesaría saber lo que en este mismo instante están hablando Martha y su esposo?

Peter Meredith frunció el ceño, molesto.

— No le veo la gracia — rezongó.

— Bueno: he puesto ese ejemplo, cómo podía poner otro, Peter. Lo hice para que te empapes de lo que yo deseo. ¡Saber lo que están hablando en secreto los demás de ti y de mí! Y eso sí que resultará fácil con ese invento de Roy Landsbury, pues las operaciones son bien sencillas. En muchos casos, teniendo en cuenta a la velocidad que viaja el sonido, las ondas sonoras que emitimos tú y yo al hablar en este instante, están como aquel que dice al alcance de la mano. ¿Comprendes, Peter?

— Olvida una cosa, señor McCoy... Roy exigirá que se realice su invento con toda su amplitud.

— ¿Exigir has dicho? ¿Y quién se atreve a exigir a Clemens W. McCoy?

— De todas formas protestará. Ya sabe lo obstinado que es. ¡Todo un carácter!

Clemens W. McCoy empezó a sonreír sordamente, en su manera habitual. Al fin soltó su pensamiento:

— Es que... Bueno: mi hija Martha podría quedar viuda...

Peter Meredith cambió de expresión y su rostro se iluminó también con una satisfactoria sonrisa.

Indiscutiblemente, aquel zorro viejo era todo un «genio».

— Sí, claro... —admitió.

— Eso te gustaría, ¿verdad, querido Peter?

— Sería un honor entrar a formar parte de su «distinguida» familia, señor McCoy...

— Pues tienes mi permiso, mi querido y futuro yerno... Roy Landsbury ya nos ha dado todo lo que tenía que damos y ahora debe desaparecer.

— ¿Le desintegro? —preguntó con visible satisfacción Peter Meredith.

Clemens W. McCoy volvió a sonreír, pero ahora con aire condescendiente:

— No... ¿Cómo explicaríamos su total desaparición? ¿Te olvidas que mi hija me asaría a preguntas? Si le volatizamos, si nada queda de él, ni el menor rastro, Martha se negaría a creer en su muerte y no podrías casarte con ella. Para que una mujer pueda considerarse viuda, tiene que «ver» el cadáver de su esposo, ¿no es así?

— Sí, pero... Lo «otro» es más fácil.

— Hay otros medios más corrientes y que nos obligarán a dar menos explicaciones. Desintegrado Roy Landsbury, mi hija y muchos podrían creer que le habíamos enviado destinado a otro planeta o una cosa así. Pero si le ve bien muerto…

— ¿Pretende que yo le… le…? —quiso saber Peter, alarmado.

— ¿Por qué no, Peter? Matarle de una u otra forma viene a ser lo mismo. ¿No?

— Sí, pero… Pueden culparme. Puedo dejar alguna huella, algún rastro.

— Eres hombre de muchos recursos.

— Antes dijo que tenía cerebro de conejo.

— Para estas cosas no, Peter ¡Para esto resultas un «genio»!

— No sé, señor McCoy… Tendría que tomar muchas precauciones. ¿Cuándo?

— Esta noche misma. Sé que Roy estará totalmente solo en su laboratorio.

— Se abrirá una investigación cuando descubran su cadáver.

— ¿Y qué? ¿Crees que las sospechas pueden alcanzar a hombres como tú y yo? Nadie sabe nada de esto que estamos hablando.

— ¿Qué pensarán cuando le vean muerto?

— Que sufrió un accidente. ¡Tú le provocarás!

— ¿Cómo?

— En el laboratorio de Roy hay unas planchas de acero imantadas. Le sirven para sus experimentos de captar las ondas sonoras y sólo él se acerca a ellas, por supuesto a cierta distancia, manipulando los otros instrumentos. Tú le haces una visita cuando esté solo y no se extrañará: otras veces has

ido a verle trabajar allí.

— Sí. ¿Y luego?

— Charláis de varias cosas, le entretienes y bastará un leve empujón para que las planchas imantadas le atraigan. Luego sales tan tranquilo de allí y por la mañana ya descubrirán su cadáver... ¡Achicharrado!

— Está usted en todo, señor McCoy. ¿Hace tiempo que venía pensando en esto?

— Desde el primer día, Peter. ¡Yo nunca dejo nada a la improvisación!

Clemens W. McCoy encendió un aromático habano especialmente elaborado para él en las plantaciones submarinas de la India, lanzó la primera bocanada y añadió muy satisfecho:

— ¿Recuerdas la noche en que te sorprendí cuando querías desintegrarle? Después de la visita a casa de Roy, por el camino vine pensando todo esto.

Peter Meredith miró ceñudo a su futuro suegro y no pudo por menos que decir.

— Me gustaría saber lo que está pensando ahora, señor McCoy.

— ¿Por qué dices eso, querido Peter.

— Porque usted siempre tiene algo en la mente.

— Soy un hombre de mi tiempo, Peter. Práctico y sin vacilaciones. ¡Por eso he llegado donde estoy! Peter Meredith paseo nervioso por el gran despacho al fin quedó plantado ante el sentado multimillonario que continuaba saboreando su aromático puro con visible satisfacción. Le miró fijamente y con brusco movimiento extendió su mano ante él por encima de la mesa:

— ¿Qué pasa, Peter? ¿Quieres que estrechemos nuestras manos para formalizar nuestro convenio?

— No, señor McCoy... No le estoy ofreciendo mi mano.

— ¿Entonces?

— Le estoy pidiendo uno de esos excelentes puros...

Y Clemens W. McCoy se lo dio.

Capítulo XII

Roy Landsbury estaba trabajando en su laboratorio, cuando, de pronto, una rara sensación molesta le avisó que alguien le estaba observando por la espalda. Sabía que estaba solo, que todos sus ayudantes hacía tiempo habían regresado a sus casas abandonando el trabajo y que hasta el otro día nadie tendría acceso hasta allí.

Por eso se quedó muy extrañado cuando al volverse vio al general Peter Meredith que le sonreía amablemente.

Nunca le había gustado aquel hombre. Había procurado mantenerse lo más alejado posible de él, así como del padre de su esposa. Por eso su saludo no fue muy cortés:

— ¿Qué busca aquí, Meredith? No me gusta que me interrumpan cuando trabajo.

Peter Meredith avanzó sin que sus finos labios abandonaran la sonrisa. Tenía miedo, un miedo horrible, a que con su fina intuición Roy Landsbury adivinase sus intenciones. Por eso dijo, esforzándose por mostrarse amistoso:

— Siempre ocurre igual, Roy. Enfrascados en sus experimentos y ensayos, los sabios resultan poco sociables.

— No tengo por qué ser sociable con usted. Y esto no son ensayos. ¡Ya son realidades!

— Lo sé, Roy... ¡Lo sé! He leído el informe completo que ha presentado al señor McCoy. Sé que ha terminado su trabajo... ¡Un gran trabajo!

— ¿De veras lo cree así, Meredith?

— ¿Por qué no? La Humanidad le deberá un gran invento.

— Al grano, Meredith: dígame para qué ha venido.

Peter Meredith estuvo andando por allí y se acercó a las planchas magnéticas fuertemente imantadas. Quedó en el límite de las rayas marcadas en el suelo, a prudente distancia y las señaló:

— ¡Muy interesante! ¿Verdad?

— Lo son… ¡Pero también muy peligrosas!

— Acérquese y explíqueme para qué sirven.

Sin acercarse, Roy Landsbury contestó:

— Entre otras cosas, para que un hombre quede achicharrado sobre ellas, si es que es empujado y entra en su campo magnético.

Peter Meredith quedó envarado. La palabra «achicharrado» era precisamente la que había empleado Clemens W. McCoy, cuando los dos fraguaron el asesinato de aquel hombre.

Pero volvió a sonreír y repitió:

— ¡Muy interesante!

Roy Landsbury no se acercaba y pensó que tendría que golpearle primero para luego lanzarle allí. Todo era cuestión de seguir tranquilo y esperar. Pero la voz del joven científico le apartó de sus pensamientos al señalarle un juego de magnetófonos y decir:

— Venga a oír esto, Meredith. Le resultará más interesante que esas peligrosas planchas imantadas.

— ¿Alguno de sus ensayos?

— Sí… ¡El más reciente!

Peter Meredith empezaba a cercarse cuando Roy Landsbury accionaba el mecanismo y quedó como petrificado en el suelo al escuchar su propia voz que decía desde la cinta

magnetofónica:

— «De todas formas protestará. Ya sabe lo obstinado que es. ¡Todo un carácter!».

Luego siguió surgiendo la voz de Clemens W. McCoy que decía:

— Es que… Bueno: mi hija Martha podría quedar viuda.

Los ojos de Peter Meredith quedaron obstinadamente clavados en el juego de pequeños magnetofones ante los que estaba el ahora sonriente Roy Landsbury. Por un instante quedó sin habla, al comprender qué aquel genio de la acústica había grabado con su diabólico invento la última conversación sostenida entre él y el multimillonario. No sabía cómo lo había conseguido, pero rugió, acercándose:

— ¡Condenación! Entonces… ¿Sabe…?

— Sé a lo que ha venido usted aquí amigo… ¡A asesinarme!

—Pero ¿cómo?..,

— Le dije que terminé mi invento, general. ¿No lo leyó en mi informe?

— Sí, pero…

— Usted entiende muy poco de ciencia acústica y de captación de ondas sonoras, Meredith. Tan poco como el mismo McCoy, mi «querido» y ambicioso suegro. Por eso no han calculado que, haciendo muy poco que ustedes estaban hablando, a mí me ha resultado muy fácil poder captar las ondas sonoras de su «interesante» conversación, tan sólo con localizar al despacho, hacer mis cálculos y extender unas pequeñas antenas ultrasensibles que me han traído sus voces, quedando grabadas aquí.

Roy Landsbury tenía en su mano una pistola de rayos paralizantes de las que solían llevar la guarda interior del «Centro de Investigaciones Mundiales» y con ella apuntaba a Peter Meredith que ahora sudaba copiosamente.

— Pero entonces... ¿Lo ha oído todo? ¿TODO?

— ¿Quiere usted mismo volver a escuchar todo lo que estuvieron hablando?

El fracasado asesino protestó, con viveza:

— ¡No! ¡No hace falta! Pero quiero que sepa una cosa, Roy... ¡Yo no pensaba hacerlo!

— ¿De veras?... No sea usted mentiroso, Meredith. ¿Por qué insistía entonces para que me acercase a esas planchas imantadas?

— Bueno... Me... me interesaba su funcionamiento.

— ¿Para qué?... ¿Para ver si eran capaces de « achicharrarme » ?

— ¡No! ¡No!... Le repito que no venía a matarle, Roy.

Vio que Roy Landsbury no dejaba de apuntarle con la pistola de rayos paralizantes y preguntó, cada vez más angustiado:

— ¿Qué piensa hacer? ¿No intentará...?

— Eso precisamente es lo que haré, mi general... Quedará usted paralizado durante unos minutos y llamaré a la guardia. ¡Les encantará escuchar la conversación que ha quedado grabada aquí!

Mientras accionaba nuevamente el juego de magnetófonos haciendo pasar velozmente la cinta sin dejar de apuntar a su enemigo, concluyó:

— Me temo que el «Centro de Investigación Mundial» se verá libre, ¡por fin!, de su ambicioso Presidente Clemens W. McCoy.

Como último recurso, Peter Meredith formuló:

— Será un gran disgusto para su esposa. ¡Martha es su hija!

— Maggie comprenderá... Hace tiempo que no tiene nada

en común con su padre.

Rendido, casi sollozante, Peter Meredith se desmoronó moralmente, gimiendo:

—¡Debí detener al señor McCoy cuando en «Clemens I» descubrí que llevaba aquella pistola!

— Debió hacerlo, pero pudo en usted más su ambición. Le encubrió para que le ayudará a ocupar el puesto que ahora tiene. ¡Eso le perdió Meredith!

— Creí que era otra clase de persona.

— ¿Quiere llegar a conocerle tal cual es? — preguntó Roy.

La mano libre del arma seguía accionando los mandos del aparato inventado por él, invitando a su prisionero, que le observaba aterrorizado:

— Pues escuche lo que el señor McCoy ha estado hablando al poco de salir usted de su despacho.

— ¿Lo... lo tiene también grabado ahí?

— Sí... Lo creí muy interesante. ¡Sobre todo para usted!

El aparato volvió a ponerse en marcha y la voz autoritaria de Clemens W. McCoy volvió a surgir diciendo:

«—Capitán Manteuffeld: vaya al Laboratorio de Roy Landsbury con varios hombres. Me temo que el general Peter Meredith cometa una locura.

Una voz que debía de pertenecer al capitán de la guardia Manteuffeld, respondió:

«—¿Una locura, señor McCoy? ¿Por qué?

La voz bien timbrada del multimillonario respondió pausada:

«— El general Meredith siempre ha estado enamorado de mi hija y odia a Roy Landsbury. Creo que últimamente no anda muy bien de la cabeza: entre otras tonterías me ha

estado hablando de una pistola desintegradora y en su acaloramiento me dijo que le gustaría ver desintegrado al marido de mi hija.

Peter Meredith, olvidándose ante estas palabras que surgían del juego de magnetófonos de que Roy le estaba apuntando con el arma paralizante, avanzó unos pasos rugiendo:

— ¡Canalla! ¡La pistola la tiene él! Me dijo que sería mejor matarle por otros medios para que, al ver su cadáver, Martha tuviera la certeza de que era viuda.

— Lo sé — contestó Roy —. No olvide que tengo grabada toda su conversación con usted.

— Pero entonces... ¡Quiere deshacerse también de mí! — exclamó el general.

— ¡Exactamente! Considera que usted ya me habrá lanzado sobre las planchas imantadas y espera que el capitán Manteuffeild le descubra saliendo de aquí. El resto sería fácil para él. Negaría todo y, aprovechando su poder e influencia, a usted le condenarían. Así disfrutaría sólo del poder de esa pistola desintegradora que inventó el profesor Joseph von Kreiper, de mi invento para su exclusivo provecho recuperando también a su hija al estar yo y usted muertos.

Al oír este razonamiento la reacción de Peter Meredith fue inesperada, suplicando:

— No me paralice usted con esa arma, Roy... ¡Quiero tener todas mis facultades para declarar la verdad contra ese canalla!

Roy Landsbury sonrió. Pero no vaciló en decir:

— Tendrá ocasión de hacerlo más tarde Meredith. Pero ahora no debo dejarle salir de aquí.

— ¿Por qué? ¡Le repito que declararé toda la verdad!

— Y yo le repito que podrá hacerlo cuando los médicos

vuelvan a dejarle en su estado normal

— ¿Piensa, pues, paralizarme?

— Debo hacerlo. Usted y ese demonio de Clemens W. McCoy serían capaces de volver a aliarse.

— ¡Nunca! ¡Ha jugado conmigo como con todos! ¡Está intentando traicionarme!

La mano armada de Roy Landsbury adquirió firmeza al apuntar al hombre que tenía delante el cual suplico aún:

— ¡No!... ¡Nooo!

Pero el rayo paralizante brotó del cañón del arma y el general Peter Meredith quedó tieso allí, como una estatua, petrificado.

* * *

Roy Landsbury salió a la alta terraza del edificio 2.101 enlazando con un brazo la cintura de su Martha y se quedaron contemplando el parpadeo de las lejanas estrellas.

A sus pies quedaban los edificios del «Centro de Investigación Mundial», con sus miles de ventanas iluminadas. Hasta donde alcanzaba la vista, era un bosque de metálicos rascacielos relucientes y sabían que, miles de kilómetros más allá, continuaban hasta abarcar el ancho perímetro de los 560.000 kilómetros cuadrados de extensión de aquel gigantesco Laboratorio del Gobierno Mundial tenía dedicado a los trabajos de cinco millones de personas.

Ahora Clemens W. McCoy ya no mandaba allí.

Junto con el general Peter Meredith, había recibido su castigo.

Un castigo que esperaba a todos los culpables, porque el maravilloso invento de Roy Landsbury estaba en marcha y descubriría todas las secretas confabulaciones de los ambiciosos.

Martha McCoy estaba pensando en todo esto y, fijas sus pupilas en el cielo, musitó:

— Será como si nos hablaran las estrellas, ¿verdad, Roy?

— Sí, Maggie: Dios las ha puesto ahí para que interpretemos sus mensajes y descubramos todos los secretos del Universo. Y el Universo, cariño, ante todo es la VERDAD... ¡LA VERDAD ABSOLUTA!

FIN

Próximo número:

GUERRA GALACTICA

PETER KAPRA

Dos mundos en guerra. Soldados

dispuestos a morir, cruzando el

espacio como caballeros siderales.

Mundos enteros arrasados, razas

extinguidas…

Pero la guerra sigue.

¿QUIEN ES… SUZUKI?

¿Un espía?

¿Un contraespía?

¿Un detective privado?

¿Un agente del gobierno?

SUZUKI

es el misterioso héroe oriental

creado por

Jean-Pierre Conty

y que

Ediciones Toray ofrece en exclusividad al público

Español en su nueva colección

E S P I O N A J E

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACAN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.


BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCION
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE


Aventuras de dos extraordinarias espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

